

La Revolución Francesa, de Piotr Kropotkin

Publicado: Domingo, 03 Junio 2012 22:00 | Por: Piotr Kropotkin

Piotrk Kropotkin, el genial anarquista ruso, escribió una obra, Episodios de la Revolución Francesa, en la que, como era habitual en él, unía su erudición científica con un lenguaje atractivo y, sobre todo, con una visión netamente libertaria destinada a analizar la Revolución Francesa de 1789, el estallido de cólera popular que enterró el Antiguo Régimen en Europa y que dio paso a una nueva etapa histórica. Con una perspectiva popular y claramente antiburguesa, Kropotkin nos muestra otra visión de los acontecimientos y nos da la medida de la participación de las clases populares en ese proceso revolucionario. Reproducimos íntegro el capítulo La toma de la Bastilla, siguiendo la edición que la CNT publicó en su exilio francés en la década de los años 40 del siglo pasado.

Preparativos del golpe de Estado

La versión corriente sobre el 14 de julio se reduce poco más o menos a lo siguiente: funcionaba la Asamblea Nacional. A fin de junio, después de dos meses de negociaciones y vacilaciones, los tres órdenes se hallaban al fin reunidos. El poder se caía de las manos de la corte. Entonces ésta se puso a preparar un golpe de Estado. Las tropas se agruparon alrededor de Versalles, con objeto de dispersar la Asamblea y dominar París.

El 11 de julio, continúa dicha versión, la corte se decidió a obrar: Necker fue despedido del ministerio y desterrado. París los supo el día 12, y unos ciudadanos formaron una manifestación que recorrió las calles ostentando un busto del ministro caído. En el Palacio Real, Camilo Desmoulins lanzó el grito: ¡A las armas! Los suburbios se insurreccionaron y forjaron 50.000 picas en treinta y seis horas; el 14, el pueblo marchó contra la Bastilla, que pronto bajo sus puentes levadizos y se entregó... La Revolución ganó su primera victoria.



Tal es la versión usual, que se repite en las fiestas de la República. Exacta sólo a medias. Verdadera en el seco enunciado de los principales hechos, no dice lo que ha de decirse sobre el verdadero carácter del pueblo en la insurrección, ni sobre las verdaderas relaciones entre los elementos del movimiento: el pueblo y la burguesía. Porque en la insurrección de París, en la proximidad del 14 de julio, hubo, como en toda la Revolución, dos corrientes separadas, de origen diverso; el movimiento político de la burguesía y el movimiento popular. Ambos se dieron la mano en ciertos momentos, en las grandes jornadas de la Revolución, por una alianza temporal, y obtuvieron las grandes victorias sobre el antiguo régimen. Pero la burguesía desconfiaba siempre de su aliado del día, el pueblo. Así se caracteriza lo ocurrido en julio de 1789. La alianza fue concluida sin buena voluntad por la burguesía, y por lo mismo ésta se apresuró desde el día 15, y aun durante el movimiento, a organizarse para sujetar al pueblo rebelde.

Desde el proceso Réveillon, el pueblo de París, hambriento, y viendo que el pan escaseaba cada vez más, engañado por vanas promesas, trataba de rebelarse; pero, no sintiéndose apoyado ni siquiera por aquellos mismos burgueses a quienes la lucha contra la autoridad real había puesto en primera fila, no hacía más que tascar el freno. Entretanto, el partido de la corte, reunido alrededor de la reina y de los príncipes, se decidió a dar un gran golpe para acabar con la Asamblea y la fermentación

popular, y al efecto reunió las tropas, excitó su entusiasmo realista y preparó abiertamente un golpe de Estado contra la Asamblea y contra París. Entonces la Asamblea, sintiéndose amenazada, dejó hacer a aquellos de sus miembros y amigos de París lo que quedaba, “el llamamiento al pueblo”, o sea la excitación a la insurrección popular. Y como el pueblo de los suburbios no deseaba otra cosa, respondió al llamamiento; no esperó la caída de Necker, sino que había comenzado ya a rebelarse el 8 de julio y aun el 27 de junio. De ese movimiento se aprovechó la burguesía y, lanzando al pueblo a la insurrección abierta, se armó ella misma para dominar la ola popular e impedirle “ir demasiado lejos”. En su marcha ascendente el pueblo insurrecto se apoderó, contra la voluntad de los burgueses, de la Bastilla, emblema y sostén del poder real. Después, habiendo organizado su milicia, la burguesía se apresuró a hacer que entraran en orden los “hombres de las picas”.

Ese doble movimiento es lo que se trata de relatar.

Hemos visto que la sesión regia de 23 de junio tuvo por objeto declarar a los Estados Generales que no eran el poder que querían ser; que el poder absoluto del rey quedaba subsistente; que los Estados Generales nada habían cambiado respecto de ese poder, y que los dos órdenes privilegiados, la nobleza y el clero, establecerían por sí mismos las concesiones que juzgasen útiles para un reparto más justo de los impuestos. Los beneficios que iban a ser concedidos al pueblo procederían así del rey en persona, y esos beneficios serían: la abolición del trabajo servil (ya practicada en gran parte), de la mano muerta y del pago de la tasa al señor feudal; la restricción del derecho de caza; la sustitución del sorteo por el alistamiento regular en la milicia; la supresión de la palabra *taille* (pecho, tributo), y la organización de los poderes provinciales. Todo lesó, por lo demás, en estado de vanas promesas o, por mejor decir, de simples títulos de reformas; porque todo el contenido de esas reformas, toda la sustancia de esos cambios, habían de buscarse aún, ¿y cómo hallarlos sin dar hachazos a los privilegios de los dos órdenes superiores? Pero el punto más importante del real discurso -ya que toda la Revolución iba a girar pronto sobre ese asunto-, era la declaración del rey acerca de la inviolabilidad de los derechos feudales: ¡declaraba propiedades absolutamente y para siempre inviolables los diezmos, los tributos, las rentas y los derechos señoriales y feudales! Con esta promesa, el rey ponía evidentemente la nobleza de su parte contra el Tercero; pero una promesa de esta extensión reducía la Revolución a la impotencia de toda reforma en la hacienda del Estado y en toda la organización interior de Francia equivalía a conservar íntegra la vieja Francia, el antiguo régimen. Ya veremos después que en todo el curso de la Revolución, la monarquía y la conservación de los derechos feudales -la vieja forma política y la vieja forma económica- fueron asociadas en la mentalidad de la nación.

Hay que reconocer que la maniobra de la corte tuvo cierto éxito. Después de la sesión regia la nobleza hizo una ovación al rey y principalmente a la reina, en palacio, y al día siguiente sólo cuarenta y siete nobles se reunieron a los otros dos órdenes. La gran mayoría de los nobles no fue a unirse al clero y a los burgueses del Tercero, hasta que pocos días después circuló el rumor de que cien mil parisienses marchaban contra Versalles, y la presentación de los nobles se debió a la consternación que la noticia produjo en palacio y a una orden del rey, confirmada por las lágrimas de la reina, mas acatada por la nobleza que el rey, y acudieron no disimulando su esperanza de ver pronto dispersos por la fuerza a aquellos rebeldes.

Todas las maniobras de la corte, todas sus conspiraciones y hasta las palabras de tal o cual príncipe o noble, todo se sabía en seguida entre los revolucionarios; todo llegaba a París por mil canales secretos que se habían establecido cuidadosamente, y los rumores llegados de Versalles alimentaban la fermentación en la capital. Hay momentos en que los poderosos no pueden contar con sus criados, y así sucedía en Versalles. De ese modo, mientras la nobleza celebraba el éxito de la sesión regia, algunos revolucionarios burgueses fundaban en Versalles el club Bretón, que pronto llegó a ser un gran centro de unión y después fue el club de los Jacobinos; a aquel club acudían los mismos criados del rey y de la reina a referir lo que a puerta cerrada se decía en la corte. Algunos diputados de Bretaña, entre otros Le Chapelier, Glezen y Lanjuinais, fueron los fundadores de aquel club Bretón, y de él formaron parte Mirabeau, el duque de Aiguillon, Sieyès, Barnave, Petion, el clérigo Gregoire y Robespierre.

Desde la reunión en Versalles de los Estados Generales reinaba en París la mayor animación. El Palacio Real, con su jardín y sus cafés, se había convertido en club al aire libre, donde diez mil personas de todas condiciones acudían a comunicarse las noticias, a discutir los folletos del día, a inspirarse en la multitud para la acción futura, a conocerse, a entenderse. Todos los rumores, todas las noticias recogidas en Versalles por el club Bretón, eran inmediatamente comunicadas a ese agitado club de la multitud parisiense; desde allí se extendían a los suburbios, y si a veces se agregaba de paso la leyenda a la realidad, la leyenda era la preferida, como sucede siempre con las leyendas populares, que resultan más verdaderas que la verdad misma, puesto que se anticipa, hace resaltar bajo forma legendaria los motivos secretos de las acciones y, por intuición, suele juzgar a los hombres y las cosas más justamente que los sabios. ¿Quién, mejor que las masas desconocidas de los barrios bajos y de los suburbios, juzgó a María Antonieta, a la Polignac, al rey maula y a los príncipes? ¿Quién los adivinó mejor que el pueblo?

Desde el día siguiente a la sesión regia, la gran ciudad respiraba ya la rebeldía. El Ayuntamiento felicitó a la Asamblea, y el Palacio Real le dirigió un mensaje redactado en un lenguaje guerrero. Para el pueblo, hambriento, despreciado hasta entonces, el triunfo de la Asamblea resplandecía con la esperanza, y la insurrección representaba a sus ojos el único medio de procurarse el pan que la faltaba. Cuando la escasez era mayor y faltaban continuamente las harinas malas y quemadas destinadas a los pobres, el pueblo sabía que en París y en sus contornos había pan de sobra para alimentar a todos, y los pobres se decían que, sin una insurrección, los monopolizadores logrereros no cesarían nunca de matar de hambre al pueblo.

A medida que los pobres protestaban con mayor energía en los sombríos callejones, la burguesía parisiense y los representantes del pueblo temían cada vez más el motín. El mismo día de la reunión de los tres órdenes, el 27 de junio, después de la victoria del Tercero, Mirabeau, que hasta entonces se dirigía al pueblo, se separó de él claramente y habló para separar de él a los representantes, advirtiéndoles que se guardaran de los “auxiliares sediciosos”. Veíase ya el programa futuro de la Gironda que se dibujaba en la Asamblea. Mirabeau queda que ésta contribuyera “al sostenimiento del orden, a la tranquilidad pública, a la autoridad de las leyes y de sus ministros”. Va incluso más lejos: quiere que se agrupe alrededor del rey, porque el rey quiere el bien; si alguna vez hace el mal, es por engañado y mal aconsejado.

Y la Asamblea aplaudió.

“La verdad es -dice Luis Blanc- que, lejos de aspirar a derribar el trono, la burguesía trataba ya de servirse de él como de un refugio. Humillada por la nobleza, en el seno de los Municipios, antes tan severos, Luis XVI halló en ella sus servidores más fieles. Cesó de ser el rey de los aristócratas, se convirtió en el rey de los propietarios”.

Ese vicio de origen de la Revolución había de pesar sobre ella -como veremos- todo el tiempo, hasta la reacción.

La miseria aumentaba de día en día en la capital. Necker había tomado bien sus medidas para hacer frente a los peligros de una escasez: había suspendido el 7 de septiembre de 1788 la exportación de los trigos y protegía la importación por medio de primas; setenta millones se emplearon en la compra de trigos extranjeros, y al mismo tiempo daba gran publicidad al decreto del Consejo del rey, de 23 abril de 1789, que permitía a los jueces y a los oficiales de policía visitar los graneros particulares, inventariar sus granos y enviar, en caso necesario, esos granos a los mercados. Pero la ejecución de esas medidas estaba confiada a las viejas autoridades, que es cuanto puede decirse. El gobierno daba primas a los que traían trigo a París; pero el trigo importado era reexportado secretamente, para ser reimportado y percibir la prima una segunda vez. En las provincias, los monopolizadores y usureros compraban el trigo en vista de esas especulaciones: hasta se compraban sobre el terreno las futuras cosechas.

En aquellas circunstancias apareció el verdadero carácter de la Asamblea Nacional. Se manifestó admirable en el juramento del Juego de Pelota, pero ante el pueblo permaneció burguesa. El 4 de

julio, a la presentación del dictamen del Comité de subsistencias, la Asamblea discutió las medidas que habían de tomarse para garantizar el pan y el trabajo al pueblo; se habló horas enteras, se presentaron proposiciones; Petion propuso un empréstito; otros propusieron autorizar a las asambleas provinciales, para tomar las medidas necesarias, pero no se resolvió nada, no se emprendió nada; todo se redujo a compadecerse del pueblo. Y cuando un diputado suscitó la cuestión de los usureros y denunció algunos, tuvo en su contra toda la Asamblea. Dos días después, el 6 de julio, Bouche anunció que los culpables eran conocidos y que al día siguiente se presentaría la denuncia; “un espanto general se apoderó de la Asamblea”, dice Gorsas, en el Correo de Versalles y de París, que acababa de fundar, pero llegó el día siguiente, y ni una palabra más se pronunció sobre aquel asunto, que quedó ahogado entre dos sesiones. ¿Por qué? Por miedo -los acontecimientos lo probaron- a revelaciones comprometedoras.

En todo caso, de tal modo temía la Asamblea la rebelión popular, que cuando se produjo el motín de París, el 30 de junio, a consecuencia del arresto de once guardias franceses que no quisieron hacer fuego contra el pueblo, la Asamblea votó un mensaje al rey, concebido en términos en extremo serviles, y manifestó su “profunda adhesión a la autoridad real”.

Para que el rey consintiera en dar a la burguesía una parte mínima en el gobierno, se agrupaba en su rededor y le ayudaba con todo su poder de organización a dominar al pueblo. Pero -y sirva de advertencia en las revoluciones futuras- hay en la vida de los individuos, de los partidos y también de las instituciones, una lógica que no puede alterarse por la voluntad de nadie. El despotismo real no podía pactar con la burguesía, que le pedía su parte del poder. Lógica y fatalmente había de combatirla, y una vez empezada la batalla, había de sucumbir y ceder la plaza al gobierno representativo, forma que mejor conviene a la burguesía. Tampoco podía, sin hacer traición a su apoyo natural, la nobleza, pactar con la democracia popular, e hizo cuanto pudo para defender a los nobles y sus privilegios, so pena de verse traicionado por esos mismos privilegiados de nacimiento.

Sin embargo, de todas partes llegaban informes de las conspiraciones de la corte, a los partidarios del duque de Orleans, que se reunían en Montrouge, y a los revolucionarios que frecuentaban el club Bretón. Las tropas se concentraban en Versalles y sobre el camino de Versalles a París. En París mismo tomaban posesión de los puntos más importantes, en la dirección de Versalles. Se hablaba de 35.000 hombres repartidos en los sitios indicados, a los cuales pronto se unirían 20.000 hombres más. Los príncipes y la reina se concertaban entre sí para disolver la Asamblea, dominar París en caso de insurrección, detener y matar, no sólo a los principales instigadores y al duque de Orleans, sino también a aquellos diputados como Mirabeau, Mounier y Lally-Tolendal, que querían hacer de Luis XVI un rey constitucional. Doce diputados -decía después Lafayette- habían de ser inmolados. El barón de Breteuil y el mariscal de Broglie hablan sido llamados para ejecutar el proyecto, y ambos estaban dispuestos a obrar. “Si es necesario que arda París, París arderá” decía el primero. El mariscal de Broglie había escrito al príncipe de Condé que “una salva de cañones hubiera dispersado pronto a esos argumentadores y reinstaurado el poder absoluto que se extingue, en lugar del espíritu republicano que se forma”.

Y no se crea, como han supuesto algunos historiadores reaccionarios, que se trataba sólo de simples rumores. La carta de la duquesa de Polignac, hallada después, dirigida el 12 de julio al preboste de los mercaderes, Fleselles, y en la que todas las personas notables estaban designadas bajo nombres convenidos, prueba suficientemente el complot urdido por la corte para el 16 de julio. Si todavía pudiera haber duda sobre el particular, la desvanecen las palabras dirigidas el 10 de julio a Dumouriez, en Caen, por la duquesa de Beuvron, en presencia de más de sesenta nobles triunfantes.

“¿No sabe usted la gran noticia, Dumouriez?-decía la duquesa-. Su amigo Necker ha sido despedido; por lo pronto el rey vuelve a ser rey de veras, la Asamblea queda disuelta; vuestros amigos, los cuarenta y siete, quizá a estas horas están en la Bastilla con Mirabeau, Target y un centenar de esos insolentes del Tercero, y seguramente el mariscal de Broglie está en París con treinta mil hombres”. (Memorias de Dumouriez, T. II, p. 35). La duquesa se engañaba: Necker no fue despedido hasta el día 11, y de Broglie se guardó de entrar en París.

¿Pero qué hacía entonces la Asamblea? Lo que han hecho y harán siempre todas las asambleas en tal situación. Nada.

El mismo día en que el pueblo de París comenzaba a rebelarse, el 8 de julio, la Asamblea encargaba a Mirabeau, su tribuna, la redacción de una humilde súplica al rey; y, suplicando a Luis XVI que retirase los soldados, llenaba la súplica de adulaciones; le hablaba de un pueblo que quería a su rey, que bendecía al cielo por el don que le había hecho con su amor. ¡Y esas mismas palabras, esas mismas adulaciones, fueron todavía más de una vez dirigidas al rey por los representantes del pueblo en el curso de la Revolución!

La Revolución no era comprendida, y todo el empeño de las clases poseedoras consistía en atraerse la monarquía, convirtiéndola en escudo contra el pueblo. Todos los dramas de 1793 en la Convención, están ya en germen en aquella súplica de la Asamblea Nacional, firmada algunos días antes del 14 de julio.

París en vísperas del 14 de Julio

La atención de los historiadores está generalmente absorbida por la Asamblea Nacional. Los representantes del pueblo, reunidos en Versalles, parece que personifican la Revolución, y sus menores palabras o actitudes son recogidas con piadosa devoción. Sin embargo, el corazón y el sentimiento de la Revolución no estaban allí, estaban en París.

Sin París, sin su pueblo, la Asamblea no era nada. Si el temor a París rebelde no hubiera retenido a la corte, ésta hubiera seguramente disuelto la Asamblea, como se ha visto tantas veces después: el 18 brumario y el 2 de diciembre en Francia, y recientemente aún en Hungría y en Rusia. Sin duda, los diputados hubieran protestado; algunos hubieran pronunciado bellas palabras, y otros hubieran intentado quizá sublevar las provincias... pero sin el pueblo dispuesto a sublevarse, sin un trabajo revolucionario realizado en las masas, sin un llamamiento al pueblo para la rebeldía, hecho directamente de hombre a hombre y no por manifiestos, una asamblea de representantes es poca cosa para un gobierno establecido, con su red de funcionarios y su ejército.

Gracias a que París velaba, mientras la Asamblea Nacional dormía en una seguridad imaginaria y el 10 de julio volvía a ocuparse tranquilamente del proyecto de Constitución, el pueblo de París, al que los más audaces y perspicaces burgueses habían recurrido, se preparaba a la insurrección. En los barrios populares se repetían los detalles del golpe militar que la corte preparaba para el día 16; se sabía todo, hasta la amenaza del rey de retirarse a Soissons y de entregar París al ejército, y la gran agitación se organizaba en sus distritos para responder a la fuerza por la fuerza. Los “auxiliares sediciosos” con que Mirabeau había amenazado a la corte, habían sido llamados, en efecto, y en las sombrías tabernas de las afueras, el París pobre y andrajoso discutía los medios de “salvar a la patria” y se armaba como podía.

Centenares de agitadores patriotas, “desconocidos”, por supuesto, hacían todo lo posible para conservar la agitación y atraer el pueblo a la calle: los petardos y los fuegos artificiales, dice Arthur Young, eran uno de los medios en boga; se vendían a mitad de precio, y cuando se reunía una multitud para contemplar un fuego artificial en una encrucijada callejera, uno comenzaba a arengar al pueblo refiriendo las noticias de los complots de la corte. Para disolver esas agrupaciones, “antes hubiera bastado una compañía de suizos; hoy se necesitaría un regimiento; dentro de quince días sería necesario un ejército», decía Arthur Young en vísperas del 14 de julio.

En efecto, desde fin de junio, el pueblo de París estaba en ebullición plena y constante y se preparaba para la insurrección. Ya a principios de junio se esperaban motines, a causa de la carestía de los trigos, dice el librero inglés Hardy, y si París se contuvo hasta el 25 de junio, débese a que hasta la sesión regia esperaba que la Asamblea haría algo; pero el 25, París comprendió que no le quedaba más esperanza que la insurrección.

Una multitud tumultuosa de parisienses se dirigió a Versalles dispuesta a provocar un conflicto con las tropas. En París mismo se formaban por todas partes grupos “dispuestos a llegar a los más

horribles extremos”, se lee en las Notas secretas dirigidas al ministro de negocios extranjeros, publicadas por Chassin (*Les Elections et les cahiers de Paris*, París, 1889, t. III, p. 453). “El pueblo ha estado en movimiento toda la noche, ha hecho luminarias y ha tirado innumerables cohetes ante el Palacio Real y la Contaduría General”. Se gritaba: “¡Viva el duque de Orleans!”

Aquel mismo día, el 25, los soldados de la Guardia francesa fraternizaban bebiendo con el pueblo, que los atraía a diversos barrios, y recorrían las calles gritando: ¡Abajo el solideo!

Entretanto, los “distritos” de París, es decir, las asambleas primarias de los electores, sobre todo las de los barrios obreros, se constituían regularmente y tomaban sus medidas para organizar la resistencia en París. Los “distritos” estaban en relaciones constantes entre sí, y sus representantes hacían esfuerzos continuados para constituirse en cuerpo municipal independiente. El 25, Bonneville lanzó ya el llamamiento a las armas en la asamblea de los electores e hizo la proposición de constituirse en Commune, fundándose en la historia para motivar su proposición. Al día siguiente, después de haberse reunido previamente en el museo de la calle Dauphine, los representantes de los distritos se dirigieron al Hôtel de Ville. El 1 de julio celebraron su segunda sesión, cuya acta publica Chassin, (t. III, paginas 439-444, 458, 460). Constituían así el Comité permanente que funcionó durante la jornada del 14 de julio.

El 30 de junio, un simple incidente, el arresto de once soldados de la Guardia francesa, que habían sido encerrados en la cárcel de la Abadía por haberse negado a cargar con bala sus fusiles, bastó para producir un motín en París. Cuando Loustalot, redactor de las Revoluciones de París, en el Palacio Real subió sobre una silla frente al café Foy y arengó a la multitud sobre ese asunto, cuatro mil hombres se dirigieron inmediatamente a la Abadía y libertaron a los soldados detenidos. Cuando vieron los carceleros llegar aquella multitud, comprendieron que la resistencia sería inútil, y entregaron los presos al pueblo, y cuando acudieron a escape los dragones, dispuestos a lanzarse contra el pueblo, vacilaron, envainaron sus sables y fraternizaron con la multitud, incidente que hizo temblar a la Asamblea cuando supo al día siguiente que la tropa había pactado con el motín. “¿Hemos de convertirnos en los tribunos de un pueblo desenfrenado?” se preguntaban aquellos señores.

Pero el motín rugía ya en los contornos de París. En Nangis se había negado el pueblo a pagar los impuestos mientras no fueran fijados por la Asamblea; faltaba el pan, y como no vendían más de dos celemines de trigo a cada comprador, el mercado estaba rodeado de dragones. Sin embargo, a pesar de la presencia de la tropa, hubo varios motines en Nangis y en otras villas de las inmediaciones. A cada paso surgía una querrela entre el pueblo y los tahoneros, y entonces se tomaba todo el pan sin pagar, dice Young (p. 225). El 27 de junio, el Mercurio de Francia habla hasta de tentativas hechas en diversos puntos, pero especialmente en San Quentin, de segar las cosechas sin madurar: tan grande era la escasez de este preciado cereal.

En París, los patriotas se inscribían ya el 30 de junio en el café de Caveau para la insurrección, y el día siguiente, cuando se supo que de Broglie había tomado el mando del ejército -dicen los informes secretos-, se decía ostensiblemente en todas partes que “si la tropa disparaba un solo tiro se pondría todo a sangre y fuego... Se dicen otras cosas mucho peores, mucho más fuertes... Las gentes prudentes no se atreven ya a salir a la calle”, añade el confidente.

El 2 de julio estalló el furor popular contra el duque de Artois y los Polignac. Se habló de matarlos, de saquear sus palacios; se pensó también en apoderarse de todos los cañones instalados en distintos sitios de París. Los grupos eran cada vez más numerosos y “el furor del pueblo era incontenible”, dicen los mismos informes. Aquel mismo día, dice el librero Hardy en su diario, estuvo a punto de salir “hacia las ocho, de la noche, una multitud de furiosos, del jardín del Palacio Real”, para librar a los diputados del Tercero, que se decía estaban expuestos a ser asesinados por los nobles. Desde aquel día se hablaba de apoderarse de las armas existentes en los Inválidos.

El furor contra la corte marchaba a la par con los furores inspirados por la escasez. En efecto, los días 4 y 6, en previsión del saqueo de las tahonas, circulaban patrullas de guardias francesas por las

calles, dice Hardy y vigilaban la distribución del pan.

El 8 de julio estalló en el mismo París un preludio de la insurrección entre los veinte mil obreros sin trabajo que ocupaba el gobierno en hacer excavaciones y terraplenes en Montmartre. Dos días después, el 10, corría ya la sangre, y aquel mismo día comenzaron a arder las puertas de la ciudad; incendiaron la de la Chaussée-d'Antin, y el pueblo se aprovechaba para hacer entrar provisiones y vino sin pagar derecho de consumos.

¿Habría hecho Camilo Desmoulins el día 12 su llamamiento a las armas si no hubiera estado seguro de que sería aceptado, si no hubiera sabido que París se sublevaba ya, y que doce días antes Loustalot sublevó la multitud por un hecho de menor importancia, y que a la sazón el París de los suburbios y de los barrios bajos sólo esperaba la señal, la iniciativa, para insurreccionarse?

La fuga de los príncipes, seguros del éxito, precipitó el golpe de Estado, preparado para el día 16, y el rey se vio obligado a obrar antes que llegaran los refuerzos de Versalles.

Necker fue despedido el día 11, el duque de Artois le dio una puñada en la nariz cuando el ministro se dirigía a la sala del Consejo, y el rey, con su picardía ordinaria, fingía no saber nada cuando ya había firmado la destitución. Necker se sometió, sin la menor réplica, a las órdenes de su amo; hasta entró en sus planes y supo arreglar su partida a Bruselas sin suscitar sospechas en Versalles.

París no lo supo hasta el día siguiente, el 12, hacia el mediodía. Su destitución era esperada; debía ser considerada como el principio del golpe de Estado. Repetíase la frase del duque de Broglie que, con sus treinta mil soldados situados entre París y Versalles, “respondía de París”, y como circulaban rumores siniestros desde la mañana acerca de las matanzas preparadas por la corte, el “todo París revolucionario” se dirigió en masa al Palacio Real. Allí llegó el correo anunciando la noticia del destierro de Necker: la corte se había decidido, pues, a romper las hostilidades ... Entonces Camilo Desmoulins salió de uno de los cafés del Palacio Real, del café Foy, con una espada en una mano y una pistola en la otra, subió sobre una silla y lanzó su llamamiento a las armas; desgajó una rama de árbol, tomó, como se sabe, una hoja verde como escarapela y signo de unión, y su grito: “No hay que perder un momento: a las armas”, se repitió en los suburbios y en los barrios populares.

Por la tarde se organizó una inmensa manifestación ostentando los bustos del duque de Orleans y de Necker velados con un crespón (se decía que el duque de Orleans había sido también desterrado), atravesó el Palacio Real, siguió la calle de Richelieu y se dirigió hacia la plaza de Luis XV (hoy Plaza de la Concordia), ocupada por la tropa: suizos, infantería francesa, húsares y dragones, al mando del marqués de Besenval. Las tropas se vieron pronto envueltas por el pueblo; trataron de rechazarle a sablazos, y se mantuvieron firmes; pero ante aquella multitud innumerable que empujaba, envolvía y oprimía rompiendo sus filas, se vieron forzadas a retirarse. Por otra parte, se supo que los Guardias franceses habían disparado algunos tiros contra “el Real Alemán”, regimiento fiel al rey, y que los suizos se negaban a hacer fuego contra el pueblo. Entonces Besenval, que al parecer no tenía gran confianza en la corte, se retiró ante la ola ascendente del pueblo y fue a acampar en el Campo de Marte.

La lucha se había entablado ya. ¿Cuál sería el resultado final, si la tropa, fiel al rey, hubiera recibido la orden de marchar sobre París? En tal situación, los revolucionarios burgueses se decidieron a aceptar, aunque con repugnancia, el medio supremo, el llamamiento al pueblo. El toque de rebato sonó en todo París, y en los suburbios y los barrios bajos se empezaron a forjar picas. Poco a poco comenzaron a salir a la calle hombres armados, que durante toda la noche obligaban a los transeúntes a dar dinero para comprar pólvora. Todas las oficinas de consumos de las puertas, desde el Faubourg Saint Antoine hasta el de Saint Honoré, lo mismo que las de Saint Marceau y Santiago, fueron incendiadas: las provisiones y el vino entraban libremente en París. El toque de rebato no cesó en toda la noche, y la burguesía tembló por sus propiedades, porque hombres armados de picas y de palos, se esparcieron por las calles y saquearon las casas de algunos enemigos del pueblo, de los usureros, y llamaban a las puertas de los ricos en demanda de pan y de armas.

El día siguiente, el 13, el pueblo se dirigió ante todo adonde había pan, especialmente al monasterio de San Lázaro, que fue asaltado a los gritos de ¡Pan, Pan! Cincuenta carros cargados de harina, no tomados en forma de saqueo, sino para ser conducidos al Mercado, donde el pan sirve para todo el mundo. Del mismo modo dirigió el pueblo todas las provisiones entradas en París sin pagar el impuesto de consumos.

Al mismo tiempo el pueblo se apoderó de la cárcel de la Force, donde entonces se detenía por deudas, y los libertados atravesaron la ciudad dando gracias al pueblo; pero un motín de los presos del Chatelet fue apaciguado, aparentemente, por los burgueses, que se armaban apresuradamente y lanzaban sus patrullas a las calles. A las seis, las milicias burguesas, ya formadas, se dirigían, en efecto, al Hôtel de Ville, y a las diez de la noche, dice Chassin, entraban en servicio.

Taine y consortes, ecos fieles de los temores de la burguesía, tratan de hacer creer que el 13 “París estaba en poder de los bandidos”; pero esta aserción es negada por todos los testimonios de la época. Hubo, sin duda, transeúntes detenidos por hombres portadores de picas que les pedían dinero para armarse; hubo también, en las noches del 12 al 14, hombres armados que llamaban a las puertas de los ricos para pedirles comida y bebida o armas y dinero; está averiguado también que hubo tentativas de saqueo, puesto que testigos de fe hablan de gentes ejecutadas en la noche del 13 al 14 por tentativas de este género, pero en esto, como en otras cosas, Taine exagera.

Aunque el hecho desagrade a los modernos republicanos burgueses, los revolucionarios de 1789 recurrieron a los “auxiliares comprometedores” de que hablaba Mirabeau, yendo a buscarlos a los tugurios de extramuros, e hicieron muy bien, porque si es verdad que hubo algunos casos de pillaje, en general, aquellos auxiliares, comprendiendo la gravedad de la situación, pusieron sus armas al servicio de la causa general y apenas se sirvieron de ellas para saciar sus odios personales o para aliviar su miseria.

Es también cierto que los casos de saqueo fueron muy escasos. Por el contrario, el espíritu de las multitudes armadas se elevó grandemente cuando supieron el compromiso que se había contraído entre las tropas y los burgueses. Los hombres de las picas se consideraron evidentemente como defensores de la ciudad, sobre quienes pesaba gravísima responsabilidad. Marmontel, enemigo declarado de la Revolución, expone, no obstante, este rasgo interesante: “Los mismos bandidos poseídos del terror (¿?) común, no cometieron ningún atropello. Las tiendas de los armeros fueron las únicas que se hicieron abrir, y en ellas no se tomó más que armas”, dice en sus Memorias. Y cuando el pueblo condujo a la plaza de la Greve el coche del príncipe de Lambese para quemarle, entregó la maleta y todos los efectos hallados en el coche al Hôtel de Ville. En el convento de los Lazaristas, el pueblo rehusó el dinero y no se apoderó más que de las harinas, las armas y el vino, todo lo cual fue transportado a la plaza de la Greve. Nada se tocó aquel día, ni en el Tesoro ni en la Caja de Descuentos, observa el embajador inglés en su relación.

Lo que sí es cierto es el miedo de la burguesía a la vista de aquellos hombres y aquellas mujeres haraposos, hambrientos, armados de palos y de picas “de todas clases”; el terror producido por aquellos espectros del hambre sueltos por las calles se apoderó por completo de la burguesía. Después, en 1791 y 1792, aquellos mismos burgueses que querían acabar con la monarquía, preferirían la reacción antes que recurrir otra vez a la revolución popular. El recuerdo del pueblo hambriento y armado, entrevisto en los días 12, 13 Y 14 de julio de 1789, era para la burguesía una obsesión.

“¡Armas!” tal era el grito del pueblo después de haber hallado un poco de pan. Buscábase por todas partes, sin hallarlas, y entretanto, día y noche se forjaban en los barrios populares picas de todas las formas imaginables con el hierro que se hallaba a mano.

La burguesía tampoco perdía el tiempo; a toda prisa constituía su autoridad: su municipalidad en el Hôtel de Ville y su milicia.

Sabido es que las elecciones para la Asamblea Nacional habíanse verificado en dos grados; pero hechas las elecciones, los electores del Tercero, a quienes se unieron algunos sectores del clero y de

la nobleza, habían continuado reuniéndose en el Hotel de Ville, a partir del 27 de junio, con autorización de la Oficina de la Ciudad y del ministro de París. De esos electores partió la iniciativa de organizar la milicia burguesa. El 1 de julio ya les vimos celebrar su segunda sesión.

El 12 de julio instituyeron un Comité permanente, presidido por el preboste de los mercaderes, Flesselles, y decidieron que cada uno de los sesenta distritos eligiera doscientos ciudadanos conocidos y en estado de llevar armas, que formarían un cuerpo de 12.000 hombres dedicados a velar por la seguridad pública. Esta milicia había de elevarse en cuatro días a la cifra total de 48.000 hombres, mientras el mismo Comité buscaba el medio de desarmar al pueblo.

“De ese modo, dice muy bien Luis Blanc, la burguesía se daba una guardia pretoriana de 12.000 hombres. A riesgo de someterse a la corte, se quería desarmar al pueblo”.

En lugar del color verde de los primeros días, aquella milicia llevaría la escarapela roja y azul, y el Comité permanente tomó medidas para que el pueblo, al armarse, no invadiera las filas de la nueva milicia. Ordenó que todo el que llevara armas y la escarapela roja y azul, sin haber sido inscrito en uno de los distritos, fuese entregado a la justicia del Comité. El comandante general de esta guardia nacional fue nombrado por el Comité permanente en la noche del 13 al 14 de julio: fue un noble, el duque de Aumont. No aceptó, y entonces, en su defecto, otro noble, el marqués de la Salle, nombrado segundo comandante, tomó el mando.

En resumen, mientras el pueblo forjaba las picas y se armaba, mientras tomaba medidas para que no saliera la pólvora de París, mientras se apoderaba de las harinas y las conducía al mercado central o a la plaza de la Greve, mientras el día 14 construía las barricadas para impedir la entrada de la tropa en París, se apoderaba de las armas de los Inválidos y se dirigía en masa hacia la Bastilla para obligarla a capitular, la burguesía velaba por que el poder no se le escapase de las manos. La burguesía constituía, pues la Commune, el Municipio burgués de París, que trató de reducir el movimiento popular, y a la cabeza de ese Municipio puso a Flesselles, el preboste de los mercaderes, que estaba en correspondencia con la Polignac para impedir o dificultar el levantamiento de París. Se sabe que el día 13, cuando se presentó el pueblo a pedirle armas, se hizo enviar cajones de ropa vieja en vez de fusiles, y al día siguiente puso en juego toda su influencia para impedir que el pueblo tomara la Bastilla.

Así es cómo, por parte de los diestros directores de la burguesía comenzaba el sistema de traiciones que veremos producirse durante toda la Revolución.

La toma de la Bastilla

Desde la mañana del día 14 de julio, dirigiase el impulso de la insurrección parisiense hacia la Bastilla, sombría fortaleza de torres macizas y de formidable altura, que se levantaba en medio de las casas de un barrio popular, a la entrada del suburbio de Saint Antoine. Los historiadores se preguntan todavía quién dirigió la atención del pueblo hacia allí, y algunos han supuesto que fue el Comité permanente del Hôtel de Ville quien quiso dar un objetivo a la Revolución, lanzándola contra el emblema de la monarquía. Nada confirma esa suposición, en tanto que muchos hechos la contradicen. Fue más bien el instinto popular el que comprendió desde el día 12 o 13 que, en el plan de la corte de aniquilar la insurrección parisiense, la Bastilla había de tener una participación importante, y, en consecuencia, decidió apoderarse de aquella fortaleza.

En efecto, sabido es que al Oeste tenía la corte los treinta mil hombres de Besenval, acampados en el Campo de Marte; al Este tenía por apoyo las torres de la Bastilla, cuyos cañones apuntaban al suburbio revolucionario de Saint Antoine y su calle principal, lo mismo que hacia esa gran arteria, la calle de Saint Antoine, que conduce al Hôtel de Ville, al Palacio Real y a las Tullerías. La importancia de la Bastilla era evidentísima, y “desde la mañana del 14, dicen los Dos Amigos de la Libertad, el grito ¡A la Bastilla! volaba de boca en boca de un extremo a otro de la ciudad”.

Verdad es que la guarnición de la Bastilla constaba solamente de 114 hombres, de los cuales 84 eran inválidos y 30 suizos, y que el gobernador no había hecho nada para aprovisionarla; pero eso prueba

solamente que la posibilidad de un ataque serio a la fortaleza era rechazada como un absurdo. Sin embargo, el pueblo sabía que los conspiradores realistas contaban con la fortaleza, y supo por los vecinos de aquel barrio que en la noche del 12 al 13 se habían transportado provisiones de pólvora desde el arsenal a la Bastilla. Se observó también que el comandante, marqués de Launey, había emplazado en la mañana del día 14 sus cañones en posición para ametrallar al pueblo si se dirigía en masa hacia el Hôtel de Ville.

Hay que advertir que el pueblo había odiado siempre las cárceles: Bicetre, la torre de Vincennes, la Bastilla. Durante los motines de 1783, cuando la nobleza protestó contra las prisiones arbitrarias, el ministro Breteuil se decidió a abolir la encarcelación en Vincennes; entonces aquel torreón famoso se transformó en almacén de trigo, y Breteuil permitió visitar los terribles calabozos. Se habló mucho, dice Droz, de los horrores que entonces se vieron y, como es natural, se pensó que en la Bastilla sería peor todavía.

En todo caso, es indudable que desde el 13 por la noche se cambiaron algunos tiros entre grupos de parisienses armados que pasaban cerca de la fortaleza y sus defensores, y que el 14, desde las primeras horas de la mañana, las multitudes más o menos armadas, que habían circulado por París durante toda la noche, comenzaron a reunirse en las calles que desembocaban en la Bastilla. Además había corrido el rumor de que las tropas del rey avanzaban por la barrera del Trono hacia el suburbio de Saint Antoine, y las multitudes se dirigían hacia el Este construían barricadas en las calles del Noroeste del Hôtel de Ville.

Un ataque afortunado por el pueblo al Hotel de los Inválidos le permitió armarse y hacerse de cañones. En efecto, desde el día anterior, unos burgueses, delegados por sus distritos, se habían presentado en el Hotel de los Inválidos en demanda de armas, manifestando, en apoyo de su petición, que sus casas estaban amenazadas de saqueo por los bandidos, y el barón de Besenval, comandante de las tropas reales de París, que se hallaba en los Inválidos, prometió pedir la autorización al mariscal de Broglie. Aun no estaba concedida la autorización cuando el 14, a las 7 de la mañana, hallándose ya los soldados al pie de sus cañones, con la mecha en la mano, dispuestos a hacer fuego, una multitud de siete a ocho mil hombres desembocó súbitamente, a paso de carga, por las tres calles vecinas; atravesó en un instante, ayudándose unos a otros, el foso de ocho pies de profundidad y doce de ancho que rodea la explanada del Hotel de los Inválidos, invadió la explanada y se apoderó de doce cañones de 24, de 19 y de 10 mm. y de un mortero. Los soldados, penetrados ya de un “espíritu sedicioso”, no se defendieron, y la multitud, esparciéndose por todas partes, no tardó en penetrar en los subterráneos y en la iglesia, donde se hallaban ocultos 32.000 fusiles y cierta cantidad de pólvora. Estos fusiles se emplearon el mismo día en la toma de la Bastilla. En cuanto a la pólvora, ya el día anterior confiscó el pueblo treinta y seis barriles que iban a ser expedidos a Ruan, y fueron transportados al Hôtel de Ville, distribuyéndose allí toda la noche la pólvora al pueblo que se armaba.

La toma de los fusiles de los Inválidos por la multitud se hacía muy lentamente: se sabe que no se había terminado aún a las dos de la tarde, y hubiera habido tiempo para conducir allí la tropa y dispersar al pueblo, y más considerando que la infantería, la caballería y aun la artillería estaban estacionadas muy cerca, en la Escuela Militar del Campo de Marte; pero los jefes de aquellas tropas no tenían confianza en sus soldados, y además vacilaban ellos mismos ante aquella multitud innumerable de personas de toda edad y condición que en número de 200.000 inundaban las calles hacia dos días. Los habitantes de los barrios bajos, armados de algunos fusiles, de picas, de martillos, de hachas o de simples garrotes, se habían echado a la calle, y las masas se oprimían en la plaza de Luis XV (hoy de la Concordia), en las inmediaciones del Hôtel de Ville y en las de la Bastilla y calles intermedias. La burguesía parisiense se sobrecogió de terror viendo aquella enormidad de gente armada en la calle.

Al tener noticia de que las inmediaciones de la Bastilla estaban invadidas por la multitud, el Comité permanente del Hôtel de Ville, de que ya hemos hablado, envió a primera hora del día 14 unos parlamentarios al gobernador de la fortaleza, De Launey, pidiéndole retirara los cañones apuntados

sobre las calles, y que no cometiera ninguna hostilidad contra el pueblo; en cambio, usurpando poderes que no tenía, prometía que el pueblo “no intentaría nada contra la plaza”. Los delegados fueron muy bien recibidos por el gobernador y se retrasaron hasta cerca del mediodía por haber sido convidados a almorzar con él. De Launey se proponía probablemente ganar tiempo, esperando órdenes precisas de Versalles, que no llegaban y que no podían llegar porque habían sido interceptadas por el pueblo. Como los demás jefes militares, De Launey veía que le sería difícil resistir al pueblo de París, reunido en masa en las calles, y contemporizaba. Por el momento hizo retirar los cañones cuatro pies atrás, y para que el pueblo no los viera a través de las troneras, las hizo cubrir con tablas.

Por su parte, hacia mediodía, el distrito de Saint Louis envió dos delegados para hablar en su nombre al gobernador: uno de ellos, el ahogado Thuriot de la Rosiere, obtuvo del marqués de Launey la promesa de que no haría fuego si no se le atacaba. Dos nuevas diputaciones fueron enviadas al gobernador por el Comité permanente, a la una y a las tres de la tarde, pero no fueron recibidas; las dos tenían encargo de pedir al gobernador entregara la fortaleza a una milicia burguesa, que la defendería en unión de los soldados y los suizos.

Felizmente todos esos proyectos fueron desvanecidos por el pueblo, que comprendió perfectamente que era preciso apoderarse de la Bastilla a toda costa. Dueño de los fusiles y de los cañones de los Inválidos, su entusiasmo iba en aumento. Las multitudes invadían las inmediaciones de la Bastilla y pronto se generalizó el fuego entre los asaltantes y los soldados apostados en las murallas. Mientras que el Comité permanente trataba de contener el ardor del pueblo y se preparaba a proclamar en la plaza de la Greve que el Marqués de Launey había prometido no hacer fuego si no se le atacaba, las multitudes gritaban ¡Queremos la Bastilla! ¡Abajo los puentes! y se acercaban a la fortaleza. Se dice que cuando vio desde lo alto de las murallas el suburbio de Saint Antoine y las calles inmediatas, negras de gente marchando contra la Bastilla, el gobernador, que había subido con Thuriot, estuvo a punto de desmayarse, y hasta parece que se inclinó a entregar inmediatamente la fortaleza al Comité de la milicia, pero los suizos se opusieron.

Los primeros puentes levadizos de la parte exterior de la Bastilla, llamada la Avanzada, se echaron pronto, gracias a uno de esos actos de audacia que se producen siempre en ocasiones análogas, Ocho o diez hombres, ayudados por un joven alto y robusto, el tendero Pannetier, se aprovecharon de una casa unida al muro exterior de la Avanzada para escalarle; entonces le recorrieron a horcajadas hasta un cuerpo de guardia situado cerca del puente levadizo de la Avanzada, y de allí saltaron al primer patio de la Bastilla propiamente dicha, el patio del Gobierno, en el que está situada la casa del gobernador. Este patio estaba desierto; los soldados habían entrado con el gobernador en la misma fortaleza después de la salida de Thuriot. Aquellos ocho o diez hombres, a hachazos, bajaron el puentecillo de la Avanzada rompiendo la puerta; después bajaron el gran puente, y más de 300 hombres se precipitaron en el patio del Gobierno, corriendo hacia los otros dos puentes levadizos, que servían para pasar el ancho foso de la fortaleza que, naturalmente, estaban levantados.

Aquí ocurrió el incidente que colmó el furor de la población parisiense y que costó la vida a De Launey. Cuando la multitud invadió el patio del Gobierno, los defensores de la Bastilla les hicieron fuego, y hasta hubo una tentativa de levantar el gran puente levadizo de la Avanzada, para impedir a la multitud evacuar el patio y hacerla prisionera o matarla. De modo que en el momento mismo en que Thuriot y Gorny anunciaban en la plaza de la Greve que el gobernador había prometido no hacer fuego, el patio del Gobierno era barrido por un fuego de mosquetería de los soldados situados en las murallas, y los cañones de la Bastilla ametrallaban las calles adyacentes. Después de las negociaciones verificadas por la mañana, aquel fuego repentinamente iniciado se interpretó como una traición de De Launey, a quien el pueblo acusó de haber ordenado él mismo la bajada de los dos primeros puentes levadizos de la Avanzada para atraer la multitud bajo el fuego de las murallas.

En aquel momento era la una de la tarde. La noticia de que los cañones de la Bastilla ametrallaban al pueblo se esparció por todo París, y produjo un doble efecto. El Comité permanente de la milicia

parisiense se apresuró a enviar una nueva diputación al comandante, preguntándole si estaba dispuesto a recibir en aquella plaza un destacamento de la milicia, que conservara la Bastilla de acuerdo con las tropas; pero esa diputación no llegó hasta el comandante, puesto que un fuego nutrido de fusilería continuaba sin cesar entre los soldados y los asaltantes, y éstos, arrimados a las paredes y guareciéndose como podían, tiraban contra los soldados al servicio de los cañones. Además el pueblo comprendió que las diputaciones del Comité no hacían más que impedir el asalto: “No quieren ya una diputación, sino el sitio de la Bastilla; la destrucción, de esa horrible prisión; la muerte del gobernador es lo que piden a gritos”, fue la respuesta que llevaron los diputados.

Todavía envió el Comité una tercera diputación: Ethis de Corny, procurador del rey y de la ciudad, y varios ciudadanos, fueron encargados una vez más de atenuar el impulso del pueblo de detener el asalto y de parlamentar con De Launey para que admitiese en la fortaleza una milicia del Comité. La intención de impedir que el pueblo se hiciera dueño de la Bastilla era evidente.

En cuanto al pueblo, desde que se extendió por la ciudad la noticia de la matanza verificada, obró, sin órdenes de nadie, guiado por su instinto revolucionario. Condujo al Hôtel de Ville los cañones de que se había apoderado en los Inválidos, y a las tres, cuando la diputación de Corny volvía a dar cuenta de su fracaso, encontró unos trescientos guardas franceses y una porción de burgueses armados, mandados por un ex soldado, Hulin, que marchaban a la Bastilla, seguidos por las cinco piezas de artillería. En aquel momento el fuego de fusilería duraba ya más de tres horas, sin que el pueblo se desanimase por el gran número de muertos y heridos, y continuaba el sitio, recurriendo a diferentes expedientes; así, por ejemplo, se llevaron dos carros de paja y estiércol y se les prendió fuego para hacer una cortina de humo que facilitara el asalto a las dos puertas de entrada (del puente levadizo pequeño y del grande). Las casas del patio del Gobierno habían sido ya incendiadas.

Los cañones llegaron en el momento oportuno; les colocaron en el patio del Gobierno frente a los puentes levadizos y a las puertas, a 30 metros de distancia. Compréndase el efecto que esos cañones en manos del populacho producirían sobre los sitiados. Era evidente que los puentes levadizos habían de caer pronto y que las puertas serían derribadas. La multitud, siempre amenazadora, afluía en masas cada vez mayores.

Entonces comprendieron los defensores que resistir más sería entregarse a una matanza segura. De Launey se decidió a capitular. Los soldados, viendo que jamás vencerían a todo París que les sitiaba, aconsejaban ya la capitulación, y entre cuatro y cinco de la tarde el comandante hizo enarbolar bandera blanca y batir llamada, es decir, orden de cesar el fuego y de bajar de las torres.

La guarnición capitulaba y pedía el derecho de salir conservando sus armas. Es posible que Hulin y Elie, colocados frente al gran puente levadizo, lo hubieran aceptado en su nombre, pero el pueblo no quería oír hablar de capitulación. El grito de ¡Abajo los puentes! resonaba con furor. A las 5, el comandante hizo pasar por una tronera, cerca del pequeño puente levadizo, un billete concebido en estos términos: “Tenemos veinte mil libras de pólvora: haremos saltar la guarnición y el barrio si no aceptáis la capitulación”. Es dudoso que tuviera intención de realizar aquella amenaza, que la guarnición no hubiera permitido; pero el hecho es que De Launey mismo dio la llave para abrir la puerta del puente levadizo... El pueblo invadió inmediatamente la fortaleza, desarmó a los suizos y los inválidos y se apoderó de De Launey, quien fue conducido al Hôtel de Ville. Durante el trayecto, la multitud, furiosa por su traición, le insultó de todas maneras; estuvo a punto de morir veinte veces, a pesar de los heroicos esfuerzos de Cholat y de otro que le protegían con sus cuerpos; pero a pocos centenares de pasos del Hôtel de Ville les fue arrancado de las manos y decapitado. De Hue, el comandante de los suizos, salvó su vida declarando que se entregaba a la Ciudad y a la Nación, y brindando por ellas; pero fueron muertos tres oficiales del estado mayor de la Bastilla y tres inválidos. En cuanto a Flesselles, el preboste de los mercaderes, que estaba en relaciones con Besenval y la Polignac, y que tenía, según resulta de un pasaje de una de sus cartas, muchos otros secretos que ocultar, muy comprometedores para la reina, iba a ser ejecutado por el pueblo, cuando un desconocido le mató de un pistoletazo. Acaso pensaría aquel desconocido que los muertos no hablan.

En cuanto bajaron los puentes de la Bastilla, la multitud, precipitándose en los patios, se dedicó a registrar la fortaleza para libertar a los presos encerrados en los calabozos. Enternecida y vertiendo compasivas lagrimas a la vista de aquellos fantasmas, que salían de su encierro deslumbrados a la vista de la luz y aturridos por el ruido de tantas voces que les aclamaban, paseo en triunfo por las calles de París a aquellos mártires del despotismo real. La ciudad sintió alegría delirante al saber que la Bastilla estaba en poder del pueblo y redobló su ardor para conservar su conquista. El golpe de Estado de la corte había fracasado.

Así comenzó la Revolución. El pueblo alcanzaba su primera victoria. Necesitaba una victoria material de ese género. Era necesario que la Revolución sostuviera una lucha y que de ella saliera triunfante; que el pueblo probara su fuerza para imponerse a sus enemigos, despertara las energías en Francia e impulsara en todas partes a la rebeldía y a la conquista de la libertad.

Consecuencias del 14 de julio en Versalles

Cuando ha comenzado una Revolución, cada acontecimiento no sólo resume la etapa recorrida, sino que contiene ya los principales elementos de la que ha de suceder; de modo que si los contemporáneos pudieran librarse de las impresiones momentáneas y separar lo esencial de lo accidental en todo lo que acontece, desde el día siguiente al 14 de julio hubieran podido prever la marcha que había de seguir la Revolución.

La corte, en la noche misma del día 13, no se daba cuenta todavía del alcance del movimiento de París.

Aquella noche se estaba de fiesta en Versalles: se danzaba en el Naranjal, se brindaba por la próxima victoria sobre la capital rebelde, y la reina, su amiga la Polignac y las otras bellas de la corte, los príncipes y las princesas prodigaban sus halagos a los soldados extranjeros en sus cuarteles, para excitarles al combate. En su terrible ligereza, en aquel mundo de ilusiones y de mentiras convencionales que constituye toda corte, no se pensaba en que era ya demasiado tarde para atacar a París, ni en que la oportunidad había pasado. Y Luis XVI no estaba mejor informado que la reina o los príncipes. Cuando la Asamblea, espantada por el levantamiento del pueblo, se dirigió al rey el 14 por la noche, suplicándole en un lenguaje servil que reuniera a los ministros e hiciera retirar las tropas, respondió con altanería, hablando como triunfador seguro de la victoria. Confiaba en el plan que se le había sugerido, consistente en poner jefes fieles a la cabeza de la milicia burguesa y con su ayuda dominar al pueblo, limitándose después a dar órdenes equivocadas respecto de la retirada de las tropas. Tal era aquel mundo ficticio, de visiones más que de realidades, en que vivían el rey y la corte, y en que continuaron viviendo, a pesar de los cortos instantes de triste despertar, hasta que llegó el momento de subir las gradas del cadalso.

¡Cómo se dibujaban ya los caracteres! El rey, hipnotizado por su poder absoluto, estaba dispuesto siempre a dar precisamente el paso que conducía a la catástrofe. Después, llegado el momento terrible, sólo oponía su inercia, nada más que su inercia, cediendo, por último, por forma, precisamente en el momento en que se le creía preparado para resistir con obstinación. O la reina, viciosa, mala hasta en los más finos repliegues de su corazón de soberana absoluta, impulsando hacia la catástrofe, resistiendo un momento a los acontecimientos con petulancia, resignándose después repentinamente y volviendo en seguida a sus tonterías de cortesana. ¿Y los príncipes? Instigadores de las más funestas resoluciones del rey, y abandonándole al primer fracaso, emigran, huyendo de Francia inmediatamente después de la toma de la Bastilla, y van a intrigar a Alemania o a Italia; ¡con qué rapidez se manifestaron en pocos días, del 8 al 15 de julio!

Y al lado opuesto se ve al pueblo, con su empuje, su entusiasmo y su generosidad, dispuesto a hacerse matar por el triunfo de la Libertad, pero al mismo tiempo pidiendo ser conducido, dejándose gobernar por los nuevos dueños instalados en el Hôtel de Ville. Comprendiendo bien las astucias de la corte, viendo mejor que los más perspicaces a través del complot que aumentaba desde fines de junio, se dejó envolver al mismo tiempo por un nuevo complot, el de las clases poseedoras, que pronto habían de obligar a que entraran en sus tugurios los hambrientos, los

hombres de las picas, a quienes recurrieron por algunas horas, cuando se trataba de oponer la fuerza de la insurrección popular a la del ejército.

Por último, cuando se considera la conducta de la burguesía desde aquellos primeros días, se ven esbozarse los grandes dramas futuros de la Revolución. El 14, a medida que la monarquía perdía gradualmente su carácter amenazador, el pueblo inspiraba también gradualmente terror a los representantes del Tercero, reunidos en Versalles, y a pesar de las palabras vehementes de Mirabeau, lanzadas con motivo de la fiesta verificada dos días antes en el Naranjal, bastó al rey presentarse en la Asamblea, reconocer la autoridad de los representantes y prometerles la inviolabilidad, para que éstos prorrumieran en aplausos y en aclamaciones, para que corrieran a hacerle guardia de honor en la calle, para hacer que resonaran en Versalles los gritos de ¡Viva el Rey!

Tales sucesos, en el momento mismo en que se ametrallaba al pueblo de París en nombre de ese mismo rey, y en que en el mismo Versalles la multitud amenazaba a la reina y a la Polignac, sugieren la idea de que el rey estaba cometiendo una de sus bellaquerías habituales.

En París no se dejó engañar el pueblo por la promesa de retirar las tropas. No la creyó; prefirió organizarse en un extenso municipio insurrecto, y este municipio, a semejanza de los de la Edad Media, tomó todas, las medidas de defensa necesarias contra el rey: se cortaron las calles con zanjas o barricadas, y las patrullas recorrieron la ciudad, prontas a tocar a rebato si la menor alarma.

La visita del rey no inspiró confianza al pueblo. El día 17, viéndose vencido y abandonado, Luis XVI se decidió a presentarse en París, en el Hôtel de Ville, para reconciliarse con su capital, y la burguesía trató de aprovechar aquella visita para convertirla en acto solemne de reconciliación entre ella y el rey. Los revolucionarios burgueses, de los cuales gran número pertenecían a la francmasonería, hicieron al rey, con sus espadas, el honor de la bóveda de acero a su llegada al Hôtel de Ville, y Bailly, nombrado alcalde de París, le prendió al sombrero la escarapela tricolor. Los burgueses hasta llegaron a hablar de elevar una estatua a Luis XVI en la plaza de la Bastilla demolida; pero eso no impidió al pueblo guardar una actitud de reserva y de desconfianza que no desapareció ni aun con la visita al Hôtel de Ville. Podía ser rey de la burguesía, pero no rey del pueblo.

La corte, por su parte, comprendió muy bien que, después de la insurrección del 14 de julio, no se haría jamás la paz entre la monarquía y el pueblo. Se hizo ir a Suiza a la Polignac, a pesar de las lagrimas de María Antonieta, y al día siguiente comenzaron a emigrar los príncipes. Los que habían sido el alma del golpe de Estado fracasado, los príncipes y ministros, se apresuraron a salir de Francia. El conde de Artois se escapó de noche, y de tal modo temía por su vida, que después de haber atravesado la ciudad disimuladamente, se hizo acompañar durante el camino por un regimiento y dos cañones. El rey prometió a sus emigrados reunírseles a la primera ocasión, y desde entonces no se pensó más que en el plan de huida del rey al extranjero para que volviera a Francia a la cabeza de la invasión alemana. El 16 de julio todo estaba dispuesto para su partida: el rey iría a Metz a ponerse a la cabeza de las tropas para avanzar sobre París. Y estaban preparados los coches para llevar a Luis XVI hacia el ejército, concentrado entre la frontera y Versalles; pero de Broglie se negó a conducir al rey a Metz, y los príncipes estaban impacientes por huir. En tal situación, el rey, él mismo lo dijo después, viéndose abandonado de los príncipes y de los nobles, renunció al proyecto de resistencia armada que le sugería la historia de Carlos I, y fue a París a hacer su sumisión.

Algunos historiadores realistas han tratado de poner en duda que la corte hubiese preparado un golpe de Estado contra la Asamblea y contra París; pero abundan los documentos para probar la realidad de este complot. Mignet, cuyo espíritu moderado es bien conocido y que tenía la ventaja de escribir poco tiempo después de los acontecimientos, no abrigaba duda a este respecto, y las investigaciones posteriores han confirmado su opinión. El 13 de julio el rey debía renovar su declaración del 23 de junio, y la Asamblea había de ser disuelta. Cuarenta mil ejemplares de esta declaración estaban ya impresos para ser enviados a toda Francia. El comandante del ejército concentrado entre Versalles y París recibió poderes ilimitados para ametrallar y acuchillar al pueblo

de París y para obrar severamente contra la Asamblea en caso de resistencia.

Cien millones de billetes del Estado se habían fabricado para subvenir a las necesidades de la corte, sin pedir un voto a la Asamblea. Todo estaba preparado, y cuando se supo el día 12 que París se sublevaba, la corte consideró esa sublevación como un motín que favorecía sus planes. Poco después, cuando se supo que la insurrección aumentaba, el rey estuvo aún a punto de partir, abandonando a sus ministros el cuidado de dispersar la Asamblea por medio de las tropas extranjeras; pero los ministros, viendo aumentar la ola, no se atrevieron a ejecutar el plan. Después del 14 de julio, cuando supo la corte la toma de la Bastilla y la ejecución de De Launey, sintió un gran pánico; entonces los Polignac, los príncipes y muchos otros nobles que habían sido el alma del complot, temiendo ser denunciados, se apresuraron a emigrar.

Pero el pueblo velaba: comprendía vagamente lo que los emigrados iban a buscar al otro lado de la frontera, y los campesinos detenían a los fugitivos. Foullon y Bertier fueron de ese número.

Ya hemos hablado de la miseria existente en París y en sus inmediaciones, y de los logreros en cuyos crímenes no quería profundizar la Asamblea Nacional. Entre esos especuladores sobre la miseria de los pobres, sobresalía principalmente Foullon, que había hecho una inmensa fortuna, como hacendista, y en su cargo de intendente del ejército y de la marina; conocido era también su odio al pueblo y a la Revolución. De Broglie había pensado en él para ministro, cuando preparaba el golpe de Estado para el 16 de julio, y si el astuto ministro rehusó el cargo, cuyos peligros veía, no escaseó los consejos. Su opinión era que había que desembarazarse de un solo golpe de todos los que habían adquirido influencia en el campo revolucionario.

Después de la toma de la Bastilla, cuando supo que la cabeza de De Launey había sido paseada por las calles, Foullon comprendió que no le quedaba más remedio que seguir a los príncipes y emigrar; pero como eso no era ya fácil bajo la vigilancia de los distritos, aprovechó la muerte de uno de sus enviados para hacerse pasar por muerto y enterrado, mientras salía de París y se refugiaba en casa de un amigo en Fontainebleau. Allí fue descubierto y detenido por los campesinos, que se vengaron de sus largos sufrimientos y de su miseria. Cargado con un haz de hierba, aludiendo a la hierba que había prometido para que comiesen los parisienses, el despreciable usurero fue conducido a París por una multitud furiosa. En el Hôtel de Ville, Lafayette trató de salvarle; pero el pueblo, exasperado, lo ejecutó colgándole de un farol del alumbrado público. Su yerno Bertier, cómplice del mismo golpe de Estado e intendente del ejército de De Broglie, fue detenido en Compiègne, conducido también a París, donde iba a ser colgado de un farol, cuando trató de luchar para salvar su vida y en el acto fue muerto.

Otros cómplices, en camino hacia el extranjero, fueron también detenidos en el Norte y Nordeste y conducidos a París.

Imagínese el terror que esas ejecuciones populares y la vigilancia de los campos produjeron en el seno de los familiares de la corte. Su arrogancia y su resistencia a la Revolución fueron quebrantadas; y, completamente abatidos, ya no pensaban más que en hacerse olvidar.

Levantamientos populares

París, al hacer fracasar los planes de la corte, dio un golpe mortal a la autoridad real. Además, la aparición del pueblo andrajoso en las calles, como fuerza activa de la Revolución daba un nuevo carácter, una nueva tendencia igualitaria a todo el movimiento. Los ricos, los poderosos comprendieron perfectamente el sentido de lo que se había realizado en París durante aquellas jornadas, y la emigración, primero de los príncipes, después de los favoritos y por último de los monopolizadores, acentuaba la victoria. La corte buscaba el apoyo del extranjero contra la Francia revolucionaria.

No obstante, si la sublevación se hubiera limitado a la capital, la Revolución no hubiera podido jamás desarrollarse hasta el punto de llegar pronto a la anulación de los antiguos privilegios. La insurrección en el centro fue necesaria para herir al gobierno central, quebrantarle y desmoralizar a

sus defensores. Mas para destruir la fuerza del gobierno en las provincias, para herir el antiguo régimen en sus atribuciones gubernamentales y en sus privilegios económicos, era preciso el amplio levantamiento del pueblo en las ciudades, en las villas, en las aldeas, y eso precisamente sucedió en el curso de julio sobre vastas extensiones de Francia.

Todos los historiadores que, conscientemente o no, han seguido de cerca los Dos Amigos de la Libertad, han representado generalmente ese movimiento de las ciudades y de los campos como una consecuencia de la toma de la Bastilla. La noticia del suceso sublevó los campos: se quemaron los palacios y ese levantamiento de los campesinos sembró tal terror, que el 4 de agosto los nobles y el clero abdicaron sus derechos feudales.

Sin embargo, esta versión sólo es verdad a medias. En lo concerniente a las ciudades es cierto que gran número de sublevaciones urbanas tuvieron lugar bajo la influencia de la toma de la Bastilla. Algunas, como la de Troyes el 18 de julio, la de Estrasburgo el 19, la de Cherburgo el 21, la de Ruan el 24, la de Maubeuge el 27, siguieron de cerca a la sublevación de París, en tanto que las demás continuaron durante los tres o cuatro meses siguientes, hasta que la Asamblea Nacional votó la Ley municipal de 14 de diciembre de 1789, que legalizaba la constitución de un gobierno municipal de la burguesía, favorecido por una gran independencia respecto del gobierno central.

Pero respecto de los campesinos, es evidente que, con la lentitud de las comunicaciones en aquella época, los veinte días transcurridos entre el 14 de julio y el 4 de agosto son absolutamente insuficientes para explicar el efecto de la toma de la Bastilla en los campos y la influencia de la insurrección de los campesinos sobre las decisiones de la Asamblea Nacional. De hecho, concebir los acontecimientos de esa manera es empequeñecer el gran alcance del movimiento en los campos.

La abolición de los derechos feudales y la readquisición de las tierras comunales, usurpadas a los municipios rurales desde el siglo XVII por los señores laicos y eclesiásticos: tal es la esencia misma, el fondo de la Gran Revolución, que impulsó el levantamiento de los campesinos. A tal propósito se unió la lucha de la burguesía por sus derechos políticos. Sin eso, la Revolución no hubiera tenido jamás la profundidad que alcanzó en Francia. Ese gran levantamiento de los campos, que comenzó en enero de 1789 y aun, en 1788 y que duró cinco años, fue lo que permitió a la Revolución realizar el inmenso trabajo de demolición que le debemos. Eso es lo que la permitió plantar los primeros jalones de un régimen igualitario, desarrollar en Francia el espíritu republicano, que nada ha podido aniquilar después, y proclamar los grandes principios del comunismo agrario que veremos surgir en 1793. Ese levantamiento, en fin, es lo que constituye el carácter propio de la Revolución Francesa y lo que la distingue profundamente de la Revolución de 1648-1657 en Inglaterra.

Allí también, en el curso de esos nueve años, la burguesía abatió el poder absoluto de la monarquía y los privilegios políticos de la camarilla; pero a su lado, lo que constituye el rasgo distintivo de la Revolución Inglesa son las luchas por el derecho de cada individuo a profesar la religión que le agrade, a interpretar la Biblia según su concepción personal, a elegir sus propios pastores; en resumen, el derecho del individuo al desarrollo intelectual y religioso que la convenga. Es también el derecho de autonomía de cada parroquia y, por consecuencia de la aglomeración urbana. Pero los campesinos ingleses no se levantaron tan generalmente como se hizo en Francia, para abolir los tributos feudales y los diezmos, o para recuperar las tierras comunales; y si las bandas de Cromwell demolieron cierto número de palacios que representaban verdaderas fortalezas del feudalismo, no atacaron, por desgracia, las pretensiones feudales de los señores sobre la tierra ni siquiera el derecho de justicia feudal que los señores ejercían sobre sus vasallos. A eso se debe que la Revolución Inglesa, aunque conquistó derechos preciosos para el individuo, no destruyó el poder feudal del señor; no hizo más que modificarle, conservándole sus derechos sobre las tierras, derechos que persisten hasta nuestros días.

La Revolución Inglesa constituyó sin duda el poder político de la burguesía; pero ese poder se obtuvo compartiéndolo con la aristocracia territorial. y si la Revolución dio a la burguesía inglesa una era de prosperidad para su comercio y su industria, fue mediante la condición de que la

burguesía, que de ella se aprovechaba, no atacaría los privilegios territoriales de los nobles; y tanto fue así que, por el contrario, ayudó a su aumento, a lo menos en valor; ayudó a los señores a apoderarse legalmente de las tierras comunales por medio del amojonamiento (los Enclosure Acts), lo que redujo la población agrícola a la miseria, poniéndola a merced del señor y forzando a una gran parte a emigrar hacia las ciudades, donde los proletarios fueron dominados por los burgueses industriales. La burguesía inglesa ayudó así a la nobleza a hacer de sus inmensos territorios, no sólo un manantial de rentas, frecuentemente fabulosas, sino también un medio de dominación política y jurídica local, restableciendo bajo nuevas formas el derecho de justicia de los señores. La ayudó, en fin, a decuplicar sus rentas, dejándola (por efecto de una legislación dificultosa sobre la venta de las tierras) el monopolio de la tierra, cuya necesidad se hacía sentir cada vez más en el seno de una población cuya industria y comercio iban siempre en aumento.

Se sabe hoy que la burguesía francesa, sobre todo la alta burguesía industrial y comercial, quería imitar a la burguesía inglesa en su resolución: también hubiera pactado con la monarquía y la nobleza para llegar al poder; pero no lo consiguió, porque la base de la Revolución Francesa era felizmente mucho más amplia que en Inglaterra. En Francia, el movimiento no tuvo solamente por objeto conquistar la libertad religiosa o la libertad comercial e industrial para el individuo, o para constituir la autonomía municipal en manos de algunos burgueses. Fue sobre todo un levantamiento de los campesinos: un movimiento del pueblo para entrar en posesión de la tierra y librarla de las obligaciones feudales que pesaban sobre ella: y aunque había en esto un poderoso elemento individualista -el deseo de poseer la tierra individualmente-, había también el elemento comunista: el derecho de toda la nación a la tierra, derecho que veremos proclamar altamente por los pobres en 1793.

He ahí por qué sería reducir de una manera extraña el alcance del levantamiento agrario del verano de 1793 si se le representa como un episodio de corta duración, provocado por el entusiasmo de la toma de la Bastilla.

Piotr Kropotkin

Fuente: <http://laalcarriaobrera.blogspot.com.es/2010/06/la-revolucion-francesa-de-piotr.html>

Tags: [historia](#) • [Revolución Francesa](#) • [Piotr Kropotkin](#)

LA ALCARRIA OBRERA

LA PRENSA OBRERA EN GUADALAJARA

La Alcarria Obrera fue la cabecera más antigua de la prensa sindical en la provincia de Guadalajara en el siglo XX. Heredera del decimonónico *Boletín de la Asociación Cooperativa de Obreros*, comenzó a publicarse en 1906 y lo hizo ininterrumpidamente hasta que, en el año 1911, dejó paso a *Juventud Obrera*.

El odio de la burguesía y el terror al que fueron sometidas las clases populares provocaron su total destrucción: hoy no queda ni un sólo ejemplar de ese periódico obrero.

En 2007 recuperamos *La Alcarria Obrera* para difundir textos fundamentales y originales de la historia del proletariado militante, con especial dedicación al de Guadalajara, para que sirvan de recuerdo histórico y reflexión teórica sobre las bases ideológicas y las primeras luchas de los trabajadores en pos de su emancipación social.

17 de junio de 2010

La Revolución Francesa, de Piotr Kropotkin

Piotrk Kropotkin, el genial anarquista ruso, escribió una obra, Episodios de la Revolución Francesa, en la que, como era habitual en él, unía su erudición científica con un lenguaje atractivo y, sobre todo, con una visión netamente libertaria destinada a analizar la Revolución Francesa de 1789, el estallido de cólera popular que enterró el Antiguo Régimen en Europa y que dio paso a una nueva etapa histórica. Con una perspectiva popular y claramente antiburguesa, Kropotkin nos muestra otra visión de los acontecimientos y nos da la medida de la participación de las clases populares en ese proceso revolucionario. Reproducimos íntegro el capítulo La toma de la Bastilla, siguiendo la edición que la CNT publicó en su exilio francés en la década de los años 40 del siglo pasado.

Preparativos del golpe de Estado

La versión corriente sobre el 14 de julio se reduce poco más o menos a lo siguiente: funcionaba la Asamblea Nacional. A fin de junio, después de dos meses de negociaciones y vacilaciones, los tres órdenes se hallaban al fin reunidos. El poder se caía de las manos de la corte. Entonces ésta se puso a preparar un golpe de Estado. Las tropas se agruparon alrededor de Versalles, con objeto de dispersar la Asamblea y dominar París. El 11 de julio, continúa dicha versión, la corte se decidió a obrar: Necker fue despedido del ministerio y desterrado. París los supo el día 12, y unos ciudadanos formaron una manifestación que recorrió las calles ostentando un busto del ministro caído. En el Palacio Real, Camilo Desmoulins lanzó el grito: ¡A las armas! Los suburbios se insurreccionaron y forjaron 50.000 picas en treinta y seis horas; el 14, el pueblo marchó contra la Bastilla, que pronto bajo sus puentes levadizos y se entregó... La Revolución ganó su primera victoria.

Tal es la versión usual, que se repite en las fiestas de la República. Exacta sólo a medias. Verdadera en el seco enunciado de los principales hechos, no dice lo que ha de decirse sobre el verdadero carácter del pueblo en la insurrección, ni sobre las verdaderas relaciones entre los elementos del movimiento: el pueblo y la burguesía. Porque en la insurrección de París, en la proximidad del 14 de julio, hubo, como en toda la Revolución, dos corrientes separadas, de origen diverso; el movimiento político de la burguesía y el movimiento popular. Ambos se dieron la mano en ciertos momentos, en las grandes jornadas de la Revolución, por una alianza temporal, y obtuvieron las grandes victorias

sobre el antiguo régimen. Pero la burguesía desconfiaba siempre de su aliado del día, el pueblo. Así se caracteriza lo ocurrido en julio de 1879. La alianza fue concluida sin buena voluntad por la burguesía, y por lo mismo ésta se apresuró desde el día 15, y aun durante el movimiento, a organizarse para sujetar al pueblo rebelde.

Desde el proceso Réveillon, el pueblo de París, hambriento, y viendo que el pan escaseaba cada vez más, engañado por vanas promesas, trataba de rebelarse; pero, no sintiéndose apoyado ni siquiera por aquellos mismos burgueses a quienes la lucha contra la autoridad real había puesto en primera fila, no hacía más que tascar el freno.

Entretanto, el partido de la corte, reunido alrededor de la reina y de los príncipes, se decidió a dar un gran golpe para acabar con la Asamblea y la fermentación popular, y al efecto reunió las tropas, excitó su entusiasmo realista y preparó abiertamente un golpe de Estado contra la Asamblea y contra París. Entonces la Asamblea, sintiéndose amenazada, dejó hacer a aquellos de sus miembros y amigos de París lo que quedan, “el llamamiento al pueblo”, o sea la excitación a la insurrección popular. Y como el pueblo de los suburbios no deseaba otra cosa, respondió al llamamiento; no esperó la caída de Necker, sino que había comenzado ya a rebelarse el 8 de julio y aun el 27 de junio. De ese movimiento se aprovechó la burguesía y, lanzando al pueblo a la insurrección abierta, se armó ella misma para dominar la ola popular e impedirla “ir demasiado lejos”. En su marcha ascendente el pueblo insurrecto se apoderó, contra la voluntad de los burgueses, de la Bastilla, emblema y sostén del poder real. Después, habiendo organizado su milicia, la burguesía se apresuró a hacer que entraran en orden los “hombres de las picas”. Ese doble movimiento es lo que se trata de relatar.

Hemos visto que la sesión regia de 23 de junio tuvo por objeto declarar a los Estados Generales que no eran el poder que querían ser; que el poder absoluto del rey quedaba subsistente; que los Estados Generales nada habían cambiado respecto de ese poder, y que los dos órdenes privilegiados, la nobleza y el clero, establecerían por sí mismos las concesiones que juzgasen útiles para un reparto más justo de los impuestos. Los beneficios que iban a ser concedidos al pueblo procederían así del rey en persona, y esos beneficios serían: la abolición del trabajo servil (ya practicada en gran parte), de la mano muerta y del pago de la tasa al señor feudal; la restricción del derecho de caza; la sustitución del sorteo por el alistamiento regular en la milicia; la supresión de la palabra taille (pecho, tributo), y la organización de los poderes provinciales. Todo eso, por lo demás, en estado de vanas promesas o, por mejor decir, de simples títulos de reformas; porque todo el contenido de esas reformas, toda la sustancia de esos cambios, habían de buscarse aún, ¿y cómo hallarlos sin dar hachazos a los privilegios de los dos órdenes superiores? Pero el punto más importante del real discurso -ya que toda la Revolución iba a girar pronto sobre ese asunto-, era la declaración del rey acerca de la inviolabilidad de los derechos feudales: ¡declaraba propiedades absolutamente y para siempre inviolables los diezmos, los tributos, las rentas y los derechos señoriales y feudales! Con esta promesa, el rey ponía evidentemente la nobleza de su parte contra el Tercero; pero una promesa de esta extensión reducía la Revolución a la impotencia de toda reforma en la hacienda del Estado y en toda la organización interior de Francia equivalía a conservar íntegra la vieja Francia, el antiguo régimen. Ya veremos después que en todo el curso de la Revolución, la monarquía y la conservación de los derechos feudales -la vieja forma política y la vieja forma económica- fueron asociadas en la mentalidad de la nación. Hay que reconocer que la maniobra de la corte tuvo cierto éxito. Después de la sesión regia la nobleza hizo una ovación al rey y principalmente a la reina, en palacio, y al día siguiente sólo cuarenta y siete nobles se reunieron a los otros dos órdenes. La gran mayoría de los nobles no fue a unirse al clero y a los burgueses del Tercero, hasta que pocos días después circuló el rumor de que cien mil parisienses marchaban contra Versalles, y la presentación de los nobles se debió a la consternación que la noticia produjo en palacio y a una orden del rey, confirmada por las lágrimas de la reina, mas

acatada por la nobleza que el rey, y acudieron no disimulando su esperanza de ver pronto dispersos por la fuerza a aquellos rebeldes.

Todas las maniobras de la corte, todas sus conspiraciones y hasta las palabras de tal o cual príncipe o noble, todo se sabía en seguida entre los revolucionarios; todo llegaba a París por mil canales secretos que se habían establecido cuidadosamente, y los rumores llegados de Versalles alimentaban la fermentación en la capital. Hay momentos en que los poderosos no pueden contar con sus criados, y así sucedía en Versalles. De ese modo, mientras la nobleza celebraba el éxito de la sesión regia, algunos revolucionarios burgueses fundaban en Versalles el club Bretón, que pronto llegó a ser un gran centro de unión y después fue el club de los Jacobinos; a aquel club acudían los mismos criados del rey y de la reina a referir lo que a puerta cerrada se decía en la corte. Algunos diputados de Bretaña, entre otros Le Chapelier, Glezen y Lanjuinais, fueron los fundadores de aquel club Bretón, y de él formaron parte Mirabeau, el duque de Aiguillon, Sieyes, Barnave, Petion, el clérigo Gregoire y Robespierre.

Desde la reunión en Versalles de los Estados Generales reinaba en París la mayor animación. El Palacio Real, con su jardín y sus cafés, se había convertido en club al aire libre, donde diez mil personas de todas condiciones acudían a comunicarse las noticias, a discutir los folletos del día, a inspirarse en la multitud para la acción futura, a conocerse, a entenderse. Todos los rumores, todas las noticias recogidas en Versalles por el club Bretón, eran inmediatamente comunicadas a ese agitado club de la multitud parisiense; desde allí se extendían a los suburbios, y si a veces se agregaba de paso la leyenda a la realidad, la leyenda era la preferida, como sucede siempre con las leyendas populares, que resultan más verdaderas que la verdad misma, puesto que se anticipa, hace resaltar bajo forma legendaria los motivos secretos de las acciones y, por intuición, suele juzgar a los hombres y las cosas más justamente que los sabios. ¿Quién, mejor que las masas desconocidas de los barrios bajos y de los suburbios, juzgó a María Antonieta, a la Polignac, al rey maula y a los príncipes? ¿Quién los adivinó mejor que el pueblo? Desde el día siguiente a la sesión regia, la gran ciudad respiraba ya la rebeldía. El Ayuntamiento felicitó a la Asamblea, y el Palacio Real le dirigió un mensaje redactado en un lenguaje guerrero. Para el pueblo, hambriento, despreciado hasta entonces, el triunfo de la Asamblea resplandecía con la esperanza, y la insurrección representaba a sus ojos el único medio de procurarse el pan que la faltaba. Cuando la escasez era mayor y faltaban continuamente las harinas malas y quemadas destinadas a los pobres, el pueblo sabía que en París y en sus contornos había pan de sobra para alimentar a todos, y los pobres se decían que, sin una insurrección, los monopolizadores logrereros no cesarían nunca de matar de hambre al pueblo.

A medida que los pobres protestaban con mayor energía en los sombríos callejones, la burguesía parisiense y los representantes del pueblo temían cada vez más el motín. El mismo día de la reunión de los tres órdenes, el 27 de junio, después de la victoria del Tercero, Mirabeau, que hasta entonces se dirigía al pueblo, se separó de él claramente y habló para separar de él a los representantes, advirtiéndoles que se guardaran de los "auxiliares sediciosos". Véase ya el programa futuro de la Gironda que se dibujaba en la Asamblea. Mirabeau queda que ésta contribuyera "al sostenimiento del orden, a la tranquilidad pública, a la autoridad de las leyes y de sus ministros". Va incluso más lejos: quiere que se agrupe alrededor del rey, porque el rey quiere el bien; si alguna vez hace el mal, es por engañado y mal aconsejado.

Y la Asamblea aplaudió.

"La verdad es -dice Luis Blanc- que, lejos de aspirar a derribar el trono, la burguesía trataba ya de servirse de él como de un refugio. Humillada por la nobleza, en el seno de los Municipios, antes tan severos, Luis XVI halló en ella sus servidores más fieles. Cesó de ser el rey de los aristócratas, se convirtió en el rey de los propietarios".

Ese vicio de origen de la Revolución había de pesar sobre ella -como veremos- todo el

tiempo, hasta la reacción.

La miseria aumentaba de día en día en la capital. Necker había tomado bien sus medidas para hacer frente a los peligros de una escasez: había suspendido el 7 de septiembre de 1788 la exportación de los trigos y protegía la importación por medio de primas; setenta millones se emplearon en la compra de trigos extranjeros, y al mismo tiempo daba gran publicidad al decreto del Consejo del rey, de 23 abril de 1789, que permitía a los jueces y a los oficiales de policía visitar los graneros particulares, inventariar sus granos y enviar, en caso necesario, esos granos a los mercados. Pero la ejecución de esas medidas estaba confiada a las viejas autoridades, que es cuanto puede decirse. El gobierno daba primas a los que traían trigo a París; pero el trigo importado era reexportado secretamente, para ser reimportado y percibir la prima una segunda vez. En las provincias, los monopolizadores y usureros compraban el trigo en vista de esas especulaciones: hasta se compraban sobre el terreno las futuras cosechas.

En aquellas circunstancias apareció el verdadero carácter de la Asamblea Nacional. Se manifestó admirable en el juramento del Juego de Pelota, pero ante el pueblo permaneció burguesa. El 4 de julio, a la presentación del dictamen del Comité de subsistencias, la Asamblea discutió las medidas que habían de tomarse para garantizar el pan y el trabajo al pueblo; se habló horas enteras, se presentaron proposiciones; Petion propuso un empréstito; otros propusieron autorizar a las asambleas provinciales, para tomar las medidas necesarias, pero no se resolvió nada, no se emprendió nada; todo se redujo a compadecerse del pueblo. Y cuando un diputado suscitó la cuestión de los usureros y denunció algunos, tuvo en su contra toda la Asamblea. Dos días después, el 6 de julio, Bouche anunció que los culpables eran conocidos y que al día siguiente se presentaría la denuncia; “un espanto general se apoderó de la Asamblea”, dice Gorsas, en el Correo de Versalles y de París, que acababa de fundar, pero llegó el día siguiente, y ni una palabra más se pronunció sobre aquel asunto, que quedó ahogado entre dos sesiones. ¿Por qué? Por miedo -los acontecimientos lo probaron- a revelaciones comprometedoras.

En todo caso, de tal modo temía la Asamblea la rebelión popular, que cuando se produjo el motín de París, el 30 de junio, a consecuencia del arresto de once guardias franceses que no quisieron hacer fuego contra el pueblo, la Asamblea votó un mensaje al rey, concebido en términos en extremo serviles, y manifestó su “profunda adhesión a la autoridad real”.

Para que el rey consintiera en dar a la burguesía una parte mínima en el gobierno, se agrupaba en su rededor y le ayudaba con todo su poder de organización a dominar al pueblo. Pero -y sirva de advertencia en las revoluciones futuras- hay en la vida de los individuos, de los partidos y también de las instituciones, una lógica que no puede alterarse por la voluntad de nadie. El despotismo real no podía pactar con la burguesía, que le pedía su parte del poder. Lógica y fatalmente había de combatirla, y una vez empezada la batalla, había de sucumbir y ceder la plaza al gobierno representativo, forma que mejor conviene a la burguesía. Tampoco podía, sin hacer traición a su apoyo natural, la nobleza, pactar con la democracia popular, e hizo cuanto pudo para defender a los nobles y sus privilegios, so pena de verse traicionado por esos mismos privilegiados de nacimiento.

Sin embargo, de todas partes llegaban informes de las conspiraciones de la corte, a los partidarios del duque de Orleans, que se reunían en Montrouge, y a los revolucionarios que frecuentaban el club Bretón. Las tropas se concentraban en Versalles y sobre el camino de Versalles a París. En París mismo tomaban posesión de los puntos más importantes, en la dirección de Versalles. Se hablaba de 35.000 hombres repartidos en los sitios indicados, a los cuales pronto se unirían 20.000 hombres más. Los príncipes y la reina se concertaban entre sí para disolver la Asamblea, dominar París en caso de insurrección, detener y matar, no sólo a los principales instigadores y al duque de Orleans, sino también a aquellos diputados como Mirabeau, Mounier y Lally-Tolendal, que querían

hacer de Luis XVI un rey constitucional. Doce diputados -decía después Lafayette- habían de ser inmolados. El barón de Breteuil y el mariscal de Broglie habían sido llamados para ejecutar el proyecto, y ambos estaban dispuestos a obrar. “Si es necesario que arda París, París arderá” decía el primero. El mariscal de Broglie había escrito al príncipe de Condé que “una salva de cañones hubiera dispersado pronto a esos argumentadores y reinstaurado el poder absoluto que se extingue, en lugar del espíritu republicano que se forma”.

Y no se crea, como han supuesto algunos historiadores reaccionarios, que se trataba sólo de simples rumores. La carta de la duquesa de Polignac, hallada después, dirigida el 12 de julio al preboste de los mercaderes, Fleselles, y en la que todas las personas notables estaban designadas bajo nombres convenidos, prueba suficientemente el complot urdido por la corte para el 16 de julio. Si todavía pudiera haber duda sobre el particular, la desvanecen las palabras dirigidas el 10 de julio a Dumouriez, en Caen, por la duquesa de Beuvron, en presencia de más de sesenta nobles triunfantes.

“¿No sabe usted la gran noticia, Dumouriez?-decía la duquesa-. Su amigo Necker ha sido despedido; por lo pronto el rey vuelve a ser rey de veras, la Asamblea queda disuelta; vuestros amigos, los cuarenta y siete, quizá a estas horas están en la Bastilla con Mirabeau, Target y un centenar de esos insolentes del Tercero, y seguramente el mariscal de Broglie está en París con treinta mil hombres”. (Memorias de Dumouriez, T. II, p. 35). La duquesa se engañaba: Necker no fue despedido hasta el día 11, y de Broglie se guardó de entrar en París.

¿Pero qué hacía entonces la Asamblea? Lo que han hecho y harán siempre todas las asambleas en tal situación. Nada.

El mismo día en que el pueblo de París comenzaba a rebelarse, el 8 de julio, la Asamblea encargaba a Mirabeau, su tribuna, la redacción de una humilde súplica al rey; y, suplicando a Luis XVI que retirase los soldados, llenaba la súplica de adulaciones; le hablaba de un pueblo que quería a su rey, que bendecía al cielo por el don que le había hecho con su amor. ¡Y esas mismas palabras, esas mismas adulaciones, fueron todavía más de una vez dirigidas al rey por los representantes del pueblo en el curso de la Revolución!

La Revolución no era comprendida, y todo el empeño de las clases poseedoras consistía en atraerse la monarquía, convirtiéndola en escudo contra el pueblo. Todos los dramas de 1793 en la Convención, están ya en germen en aquella súplica de la Asamblea Nacional, firmada algunos días antes del 14 de julio.

París en vísperas del 14 de Julio

La atención de los historiadores está generalmente absorbida por la Asamblea Nacional. Los representantes del pueblo, reunidos en Versalles, parece que personifican la Revolución, y sus menores palabras o actitudes son recogidas con piadosa devoción. Sin embargo, el corazón y el sentimiento de la Revolución no estaban allí, estaban en París. Sin París, sin su pueblo, la Asamblea no era nada. Si el temor a París rebelde no hubiera retenido a la corte, ésta hubiera seguramente disuelto la Asamblea, como se ha visto tantas veces después: el 18 brumario y el 2 de diciembre en Francia, y recientemente aún en Hungría y en Rusia. Sin duda, los diputados hubieran protestado; algunos hubieran pronunciado bellas palabras, y otros hubieran intentado quizá sublevar las provincias... pero sin el pueblo dispuesto a sublevarse, sin un trabajo revolucionario realizado en las masas, sin un llamamiento al pueblo para la rebeldía, hecho directamente de hombre a hombre y no por manifiestos, una asamblea de representantes es poca cosa para un gobierno establecido, con su red de funcionarios y su ejército.

Gracias a que París velaba, mientras la Asamblea Nacional dormía en una seguridad imaginaria y el 10 de julio volvía a ocuparse tranquilamente del proyecto de Constitución, el pueblo de París, al que los más audaces y perspicaces burgueses habían recurrido, se preparaba a la insurrección. En los barrios populares se repetían los detalles del golpe

militar que la corte preparaba para el día 16; se sabía todo, hasta la amenaza del rey de retirarse a Soissons y de entregar París al ejército, y la gran agitación se organizaba en sus distritos para responder a la fuerza por la fuerza. Los “auxiliares sediciosos” con que Mirabeau había amenazado a la corte, habían sido llamados, en efecto, y en las sombrías tabernas de las afueras, el París pobre y andrajoso discutía los medios de “salvar a la patria” y se armaba como podía.

Centenares de agitadores patriotas, “desconocidos”, por supuesto, hacían todo lo posible para conservar la agitación y atraer el pueblo a la calle: los petardos y los fuegos artificiales, dice Arthur Young, eran uno de los medios en boga; se vendían a mitad de precio, y cuando se reunía una multitud para contemplar un fuego artificial en una encrucijada callejera, uno comenzaba a arengar al pueblo refiriendo las noticias de los complots de la corte. Para disolver esas agrupaciones, “antes hubiera bastado una compañía de suizos; hoy se necesitaría un regimiento; dentro de quince días sería necesario un ejército», decía Arthur Young en vísperas del 14 de julio.

En efecto, desde fin de junio, el pueblo de París estaba en ebullición plena y constante y se preparaba para la insurrección. Ya a principios de junio se esperaban motines, a causa de la carestía de los trigos, dice el librero inglés Hardy, y si París se contuvo hasta el 25 de junio, débese a que hasta la sesión regia esperaba que la Asamblea haría algo; pero el 25, París comprendió que no le quedaba más esperanza que la insurrección.

Una multitud tumultuosa de parisienses se dirigió a Versalles dispuesta a provocar un conflicto con las tropas. En París mismo se formaban por todas partes grupos “dispuestos a llegar a los más horribles extremos”, se lee en las Notas secretas dirigidas al ministro de negocios extranjeros, publicadas por Chassin (*Les Elections et les cahiers de París, París, 1889, t. III, p. 453*). “El pueblo ha estado en movimiento toda la noche, ha hecho luminarias y ha tirado innumerables cohetes ante el Palacio Real y la Contaduría General”. Se gritaba: “¡Viva el duque de Orleans!”

Aquel mismo día, el 25, los soldados de la Guardia francesa fraternizaban bebiendo con el pueblo, que los atraía a diversos barrios, y recorrían las calles gritando: ¡Abajo el solideo! Entretanto, los “distritos” de París, es decir, las asambleas primarias de los electores, sobre todo las de los barrios obreros, se constituían regularmente y tomaban sus medidas para organizar la resistencia en París. Los “distritos” estaban en relaciones constantes entre sí, y sus representantes hacían esfuerzos continuados para constituirse en cuerpo municipal independiente. El 25, Bonneville lanzó ya el llamamiento a las armas en la asamblea de los electores e hizo la proposición de constituirse en Commune, fundándose en la historia para motivar su proposición. Al día siguiente, después de haberse reunido previamente en el museo de la calle Dauphine, los representantes de los distritos se dirigieron al Hôtel de Ville. El 1 de julio celebraron su segunda sesión, cuya acta publica Chassin, (*t. III, paginas 439-444, 458, 460*). Constituían así el Comité permanente que funcionó durante la jornada del 14 de julio.

El 30 de junio, un simple incidente, el arresto de once soldados de la Guardia francesa, que habían sido encerrados en la cárcel de la Abadía por haberse negado a cargar con bala sus fusiles, bastó para producir un motín en París. Cuando Loustalot, redactor de las *Revoluciones de París*, en el Palacio Real subió sobre una silla frente al café Foy y arengó a la multitud sobre ese asunto, cuatro mil hombres se dirigieron inmediatamente a la Abadía y libertaron a los soldados detenidos. Cuando vieron los carceleros llegar aquella multitud, comprendieron que la resistencia sería inútil, y entregaron los presos al pueblo, y cuando acudieron a escape los dragones, dispuestos a lanzarse contra el pueblo, vacilaron, envainaron sus sables y fraternizaron con la multitud, incidente que hizo temblar a la Asamblea cuando supo al día siguiente que la tropa había pactado con el motín. “¿Hemos de convertirnos en los tribunos de un pueblo desenfrenado?” se preguntaban aquellos señores.

Pero el motín rugía ya en los contornos de París. En Nangis se había negado el pueblo a

pagar los impuestos mientras no fueran fijados por la Asamblea; faltaba el pan, y como no vendían más de dos celemines de trigo a cada comprador, el mercado estaba rodeado de dragones. Sin embargo, a pesar de la presencia de la tropa, hubo varios motines en Nangis y en otras villas de las inmediaciones. A cada paso surgía una querrela entre el pueblo y los tahoneros, y entonces se tomaba todo el pan sin pagar, dice Young (p. 225). El 27 de junio, el Mercurio de Francia habla hasta de tentativas hechas en diversos puntos, pero especialmente en San Quentin, de segar las cosechas sin madurar: tan grande era la escasez de este preciado cereal.

En París, los patriotas se inscribían ya el 30 de junio en el café de Caveau para la insurrección, y el día siguiente, cuando se supo que de Broglie había tomado el mando del ejército -dicen los informes secretos-, se decía ostensiblemente en todas partes que “si la tropa disparaba un solo tiro se pondría todo a sangre y fuego... Se dicen otras cosas mucho peores, mucho más fuertes... Las gentes prudentes no se atreven ya a salir a la calle”, añade el confidente.

El 2 de julio estalló el furor popular contra el duque de Artois y los Polignac. Se habló de matarlos, de saquear sus palacios; se pensó también en apoderarse de todos los cañones instalados en distintos sitios de París. Los grupos eran cada vez más numerosos y “el furor del pueblo era incontenible”, dicen los mismos informes. Aquel mismo día, dice el librero Hardy en su diario, estuvo a punto de salir “hacia las ocho, de la noche, una multitud de furiosos, del jardín del Palacio Real”, para librar a los diputados del Tercero, que se decía estaban expuestos a ser asesinados por los nobles. Desde aquel día se hablaba de apoderarse de las armas existentes en los Inválidos.

El furor contra la corte marchaba a la par con los furores inspirados por la escasez. En efecto, los días 4 y 6, en previsión del saqueo de las tahonas, circulaban patrullas de guardias francesas por las calles, dice Hardy y vigilaban la distribución del pan.

El 8 de julio estalló en el mismo París un preludio de la insurrección entre los veinte mil obreros sin trabajo que ocupaba el gobierno en hacer excavaciones y terraplenes en Montmartre. Dos días después, el 10, corría ya la sangre, y aquel mismo día comenzaron a arder las puertas de la ciudad; incendiaron la de la Chaussée-d'Antin, y el pueblo se aprovechaba para hacer entrar provisiones y vino sin pagar derecho de consumos.

¿Habría hecho Camilo Desmoulin el día 12 su llamamiento a las armas si no hubiera estado seguro de que sería aceptado, si no hubiera sabido que París se sublevaba ya, y que doce días antes Lousstalot sublevó la multitud por un hecho de menor importancia, y que a la sazón el París de los suburbios y de los barrios bajos sólo esperaba la señal, la iniciativa, para insurreccionarse?

La fuga de los príncipes, seguros del éxito, precipitó el golpe de Estado, preparado para el día 16, y el rey se vio obligado a obrar antes que llegaran los refuerzos de Versalles.

Necker fue despedido el día 11, el duque de Artois le dio una puñada en la nariz cuando el ministro se dirigía a la sala del Consejo, y el rey, con su picardía ordinaria, fingía no saber nada cuando ya había firmado la destitución. Necker se sometió, sin la menor réplica, a las órdenes de su amo; hasta entró en sus planes y supo arreglar su partida a Bruselas sin suscitar sospechas en Versalles.

París no lo supo hasta el día siguiente, el 12, hacia el mediodía. Su destitución era esperada; debía ser considerada como el principio del golpe de Estado. Repetíase la frase del duque de Broglie que, con sus treinta mil soldados situados entre París y Versalles, “respondía de París”, y como circulaban rumores siniestros desde la mañana acerca de las matanzas preparadas por la corte, el “todo París revolucionario” se dirigió en masa al Palacio Real. Allí llegó el correo anunciando la noticia del destierro de Necker: la corte se había decidido, pues, a romper las hostilidades ... Entonces Camilo Desmoulin salió de uno de los cafés del Palacio Real, del café Foy, con una espada en una mano y una pistola en la otra, subió sobre una silla y lanzó su llamamiento a las armas; desgajó una rama de árbol, tomó, como se sabe, una hoja verde como escarapela

y signo de unión, y su grito: “No hay que perder un momento: a las armas”, se repitió en los suburbios y en los barrios populares.

Por la tarde se organizó una inmensa manifestación ostentando los bustos del duque de Orleans y de Necker velados con un crespón (se decía que el duque de Orleans había sido también desterrado), atravesó el Palacio Real, siguió la calle de Richelieu y se dirigió hacia la plaza de Luis XV (hoy Plaza de la Concordia), ocupada por la tropa: suizos, infantería francesa, húsares y dragones, al mando del marqués de Besenval. Las tropas se vieron pronto envueltas por el pueblo; trataron de rechazarle a sablazos, y se mantuvieron firmes; pero ante aquella multitud innumerable que empujaba, envolvía y oprimía rompiendo sus filas, se vieron forzadas a retirarse. Por otra parte, se supo que los Guardias franceses habían disparado algunos tiros contra “el Real Alemán”, regimiento fiel al rey, y que los suizos se negaban a hacer fuego contra el pueblo. Entonces Besenval, que al parecer no tenía gran confianza en la corte, se retiró ante la ola ascendente del pueblo y fue a acampar en el Campo de Marte.

La lucha se había entablado ya. ¿Cuál sería el resultado final, si la tropa, fiel al rey, hubiera recibido la orden de marchar sobre París? En tal situación, los revolucionarios burgueses se decidieron a aceptar, aunque con repugnancia, el medio supremo, el llamamiento al pueblo. El toque de rebato sonó en todo París, y en los suburbios y los barrios bajos se empezaron a forjar picas. Poco a poco comenzaron a salir a la calle hombres armados, que durante toda la noche obligaban a los transeúntes a dar dinero para comprar pólvora. Todas las oficinas de consumos de las puertas, desde el Faubourg Saint Antoine hasta el de Saint Honoré, lo mismo que las de Saint Marceau y Santiago, fueron incendiadas: las provisiones y el vino entraban libremente en París. El toque de rebato no cesó en toda la noche, y la burguesía tembló por sus propiedades, porque hombres armados de picas y de palos, se esparcieron por las calles y saquearon las casas de algunos enemigos del pueblo, de los usureros, y llamaban a las puertas de los ricos en demanda de pan y de armas.

El día siguiente, el 13, el pueblo se dirigió ante todo adonde había pan, especialmente al monasterio de San Lázaro, que fue asaltado a los gritos de ¡Pan, Pan! Cincuenta carros cargados de harina, no tomados en forma de saqueo, sino para ser conducidos al Mercado, donde el pan sirve para todo el mundo. Del mismo modo dirigió el pueblo todas las provisiones entradas en París sin pagar el impuesto de consumos.

Al mismo tiempo el pueblo se apoderó de la cárcel de la Force, donde entonces se detenía por deudas, y los libertados atravesaron la ciudad dando gracias al pueblo; pero un motín de los presos del Chatelet fue apaciguado, aparentemente, por los burgueses, que se armaban apresuradamente y lanzaban sus patrullas a las calles. A las seis, las milicias burguesas, ya formadas, se dirigían, en efecto, al Hôtel de Ville, y a las diez de la noche, dice Chassin, entraban en servicio.

Taine y consortes, ecos fieles de los temores de la burguesía, tratan de hacer creer que el 13 “París estaba en poder de los bandidos”; pero esta aserción es negada por todos los testimonios de la época. Hubo, sin duda, transeúntes detenidos por hombres portadores de picas que les pedían dinero para armarse; hubo también, en las noches del 12 al 14, hombres armados que llamaban a las puertas de los ricos para pedirles comida y bebida o armas y dinero; está averiguado también que hubo tentativas de saqueo, puesto que testigos de fe hablan de gentes ejecutadas en la noche del 13 al 14 por tentativas de este género, pero en esto, como en otras cosas, Taine exagera.

Aunque el hecho desagrade a los modernos republicanos burgueses, los revolucionarios de 1789 recurrieron a los “auxiliares comprometedores” de que hablaba Mirabeau, yendo a buscarlos a los tugurios de extramuros, e hicieron muy bien, porque si es verdad que hubo algunos casos de pillaje, en general, aquellos auxiliares, comprendiendo la gravedad de la situación, pusieron sus armas al servicio de la causa general y apenas se sirvieron de ellas para saciar sus odios personales o para aliviar su miseria.

Es también cierto que los casos de saqueo fueron muy escasos. Por el contrario, el espíritu de las multitudes armadas se elevó grandemente cuando supieron el compromiso que se había contraído entre las tropas y los burgueses. Los hombres de las picas se consideraron evidentemente como defensores de la ciudad, sobre quienes pesaba gravísima responsabilidad. Marmontel, enemigo declarado de la Revolución, expone, no obstante, este rasgo interesante: “Los mismos bandidos poseídos del terror (¿?) común, no cometieron ningún atropello. Las tiendas de los armeros fueron las únicas que se hicieron abrir, y en ellas no se tomó más que armas”, dice en sus Memorias. Y cuando el pueblo condujo a la plaza de la Greve el coche del príncipe de Lambese para quemarle, entregó la maleta y todos los efectos hallados en el coche al Hôtel de Ville. En el convento de los Lazaristas, el pueblo rehusó el dinero y no se apoderó más que de las harinas, las armas y el vino, todo lo cual fue transportado a la plaza de la Greve. Nada se tocó aquel día, ni en el Tesoro ni en la Caja de Descuentos, observa el embajador inglés en su relación.

Lo que sí es cierto es el miedo de la burguesía a la vista de aquellos hombres y aquellas mujeres haraposos, hambrientos, armados de palos y de picas “de todas clases”; el terror producido por aquellos espectros del hambre sueltos por las calles se apoderó por completo de la burguesía. Después, en 1791 y 1792, aquellos mismos burgueses que querían acabar con la monarquía, preferirían la reacción antes que recurrir otra vez a la revolución popular. El recuerdo del pueblo hambriento y armado, entrevistado en los días 12, 13 Y 14 de julio de 1789, era para la burguesía una obsesión.

“¡Armas!” tal era el grito del pueblo después de haber hallado un poco de pan. Buscábase por todas partes, sin hallarlas, y entretanto, día y noche se forjaban en los barrios populares picas de todas las formas imaginables con el hierro que se hallaba a mano. La burguesía tampoco perdía el tiempo; a toda prisa constituía su autoridad: su municipalidad en el Hôtel de Ville y su milicia.

Sabido es que las elecciones para la Asamblea Nacional habíanse verificado en dos grados; pero hechas las elecciones, los electores del Tercero, a quienes se unieron algunos sectores del clero y de la nobleza, habían continuado reuniéndose en el Hotel de Ville, a partir del 27 de junio, con autorización de la Oficina de la Ciudad y del ministro de París. De esos electores partió la iniciativa de organizar la milicia burguesa. El 1 de julio ya les vimos celebrar su segunda sesión.

El 12 de julio instituyeron un Comité permanente, presidido por el preboste de los mercaderes, Flesselles, y decidieron que cada uno de los sesenta distritos eligiera doscientos ciudadanos conocidos y en estado de llevar armas, que formarían un cuerpo de 12.000 hombres dedicados a velar por la seguridad pública. Esta milicia había de elevarse en cuatro días a la cifra total de 48.000 hombres, mientras el mismo Comité buscaba el medio de desarmar al pueblo.

“De ese modo, dice muy bien Luis Blanc, la burguesía se daba una guardia pretoriana de 12.000 hombres. A riesgo de someterse a la corte, se quería desarmar al pueblo”.

En lugar del color verde de los primeros días, aquella milicia llevaría la escarapela roja y azul, y el Comité permanente tomó medidas para que el pueblo, al armarse, no invadiera las filas de la nueva milicia. Ordenó que todo el que llevara armas y la escarapela roja y azul, sin haber sido inscripto en uno de los distritos, fuese entregado a la justicia del Comité. El comandante general de esta guardia nacional fue nombrado por el Comité permanente en la noche del 13 al 14 de julio: fue un noble, el duque de Aumont. No aceptó, y entonces, en su defecto, otro noble, el marqués de la Salle, nombrado segundo comandante, tomó el mando.

En resumen, mientras el pueblo forjaba las picas y se armaba, mientras tomaba medidas para que no saliera la pólvora de París, mientras se apoderaba de las harinas y las conducía al mercado central o a la plaza de la Greve, mientras el día 14 construía las barricadas para impedir la entrada de la tropa en París, se apoderaba de las armas de los

Inválidos y se dirigía en masa hacia la Bastilla para obligarla a capitular, la burguesía velaba por que el poder no se le escapase de las manos. La burguesía constituía, pues la Commune, el Municipio burgués de París, que trató de reducir el movimiento popular, y a la cabeza de ese Municipio puso a Flesselles, el preboste de los mercaderes, que estaba en correspondencia con la Polignac para impedir o dificultar el levantamiento de París. Se sabe que el día 13, cuando se presentó el pueblo a pedirle armas, se hizo enviar cajones de ropa vieja en vez de fusiles, y al día siguiente puso en juego toda su influencia para impedir que el pueblo tomara la Bastilla.

Así es cómo, por parte de los diestros directores de la burguesía comenzaba el sistema de traiciones que veremos producirse durante toda la Revolución.

La toma de la Bastilla

Desde la mañana del día 14 de julio, dirigíase el impulso de la insurrección parisiense hacia la Bastilla, sombría fortaleza de torres macizas y de formidable altura, que se levantaba en medio de las casas de un barrio popular, a la entrada del suburbio de Saint Antoine. Los historiadores se preguntan todavía quién dirigió la atención del pueblo hacia allí, y algunos han supuesto que fue el Comité permanente del Hôtel de Ville quien quiso dar un objetivo a la Revolución, lanzándola contra el emblema de la monarquía. Nada confirma esa suposición, en tanto que muchos hechos la contradicen. Fue más bien el instinto popular el que comprendió desde el día 12 o 13 que, en el plan de la corte de aniquilar la insurrección parisiense, la Bastilla había de tener una participación importante, y, en consecuencia, decidió apoderarse de aquella fortaleza.

En efecto, sabido es que al Oeste tenía la corte los treinta mil hombres de Besenval, acampados en el Campo de Marte; al Este tenía por apoyo las torres de la Bastilla, cuyos cañones apuntaban al suburbio revolucionario de Saint Antoine y su calle principal, lo mismo que hacia esa gran arteria, la calle de Saint Antoine, que conduce al Hôtel de Ville, al Palacio Real y a las Tullerías. La importancia de la Bastilla era evidentísima, y “desde la mañana del 14, dicen los Dos Amigos de la Libertad, el grito ¡A la Bastilla! volaba de boca en boca de un extremo a otro de la ciudad”.

Verdad es que la guarnición de la Bastilla constaba solamente de 114 hombres, de los cuales 84 eran inválidos y 30 suizos, y que el gobernador no había hecho nada para aprovisionarla; pero eso prueba solamente que la posibilidad de un ataque serio a la fortaleza era rechazada como un absurdo. Sin embargo, el pueblo sabía que los conspiradores realistas contaban con la fortaleza, y supo por los vecinos de aquel barrio que en la noche del 12 al 13 se habían transportado provisiones de pólvora desde el arsenal a la Bastilla. Se observó también que el comandante, marqués de Launey, había emplazado en la mañana del día 14 sus cañones en posición para ametrallar al pueblo si se dirigía en masa hacia el Hôtel de Ville.

Hay que advertir que el pueblo había odiado siempre las cárceles: Bicetre, la torre de Vincennes, la Bastilla. Durante los motines de 1783, cuando la nobleza protestó contra las prisiones arbitrarias, el ministro Breteuil se decidió a abolir la encarcelación en Vincennes; entonces aquel torreón famoso se transformó en almacén de trigo, y Breteuil permitió visitar los terribles calabozos. Se habló mucho, dice Droz, de los horrores que entonces se vieron y, como es natural, se pensó que en la Bastilla sería peor todavía.

En todo caso, es indudable que desde el 13 por la noche se cambiaron algunos tiros entre grupos de parisienses armados que pasaban cerca de la fortaleza y sus defensores, y que el 14, desde las primeras horas de la mañana, las multitudes más o menos armadas, que habían circulado por París durante toda la noche, comenzaron a reunirse en las calles que desembocaban en la Bastilla. Además había corrido el rumor de que las tropas del rey avanzaban por la barrera del Trono hacia el suburbio de Saint Antoine, y las multitudes se dirigían hacia el Este construían barricadas en las calles del Noroeste del Hôtel de Ville.

Un ataque afortunado por el pueblo al Hotel de los Inválidos le permitió armarse y hacerse de cañones. En efecto, desde el día anterior, unos burgueses, delegados por sus distritos,

se habían presentado en el Hotel de los Inválidos en demanda de armas, manifestando, en apoyo de su petición, que sus casas estaban amenazadas de saqueo por los bandidos, y el barón de Besenval, comandante de las tropas reales de París, que se hallaba en los Inválidos, prometió pedir la autorización al mariscal de Broglie. Aun no estaba concedida la autorización cuando el 14, a las 7 de la mañana, hallándose ya los soldados al pie de sus cañones, con la mecha en la mano, dispuestos a hacer fuego, una multitud de siete a ocho mil hombres desembocó súbitamente, a paso de carga, por las tres calles vecinas; atravesó en un instante, ayudándose unos a otros, el foso de ocho pies de profundidad y doce de ancho que rodea la explanada del Hotel de los Inválidos, invadió la explanada y se apoderó de doce cañones de 24, de 19 y de 10 mm. y de un mortero. Los soldados, penetrados ya de un “espíritu sedicioso”, no se defendieron, y la multitud, esparciéndose por todas partes, no tardó en penetrar en los subterráneos y en la iglesia, donde se hallaban ocultos 32.000 fusiles y cierta cantidad de pólvora. Estos fusiles se emplearon el mismo día en la toma de la Bastilla. En cuanto a la pólvora, ya el día anterior confiscó el pueblo treinta y seis barriles que iban a ser expedidos a Ruan, y fueron transportados al Hôtel de Ville, distribuyéndose allí toda la noche la pólvora al pueblo que se armaba.

La toma de los fusiles de los Inválidos por la multitud se hacía muy lentamente: se sabe que no se había terminado aún a las dos de la tarde, y hubiera habido tiempo para conducir allí la tropa y dispersar al pueblo, y más considerando que la infantería, la caballería y aun la artillería estaban estacionadas muy cerca, en la Escuela Militar del Campo de Marte; pero los jefes de aquellas tropas no tenían confianza en sus soldados, y además vacilaban ellos mismos ante aquella multitud innumerable de personas de toda edad y condición que en número de 200.000 inundaban las calles hacia dos días. Los habitantes de los barrios bajos, armados de algunos fusiles, de picas, de martillos, de hachas o de simples garrotes, se habían echado a la calle, y las masas se oprimían en la plaza de Luis XV (hoy de la Concordia), en las inmediaciones del Hôtel de Ville y en las de la Bastilla y calles intermedias. La burguesía parisiense se sobrecogió de terror viendo aquella enormidad de gente armada en la calle.

Al tener noticia de que las inmediaciones de la Bastilla estaban invadidas por la multitud, el Comité permanente del Hôtel de Ville, de que ya hemos hablado, envió a primera hora del día 14 unos parlamentarios al gobernador de la fortaleza, De Launey, pidiéndole retirara los cañones apuntados sobre las calles, y que no cometiera ninguna hostilidad contra el pueblo; en cambio, usurpando poderes que no tenía, prometía que el pueblo “no intentaría nada contra la plaza”. Los delegados fueron muy bien recibidos por el gobernador y se retrasaron hasta cerca del mediodía por haber sido convidados a almorzar con él. De Launey se proponía probablemente ganar tiempo, esperando órdenes precisas de Versalles, que no llegaban y que no podían llegar porque habían sido interceptadas por el pueblo. Como los demás jefes militares, De Launey veía que le sería difícil resistir al pueblo de París, reunido en masa en las calles, y contemporizaba. Por el momento hizo retirar los cañones cuatro pies atrás, y para que el pueblo no los viera a través de las troneras, las hizo cubrir con tablas.

Por su parte, hacia mediodía, el distrito de Saint Louis envió dos delegados para hablar en su nombre al gobernador: uno de ellos, el ahogado Thuriot de la Rosiere, obtuvo del marqués de Launey la promesa de que no haría fuego si no se le atacaba. Dos nuevas diputaciones fueron enviadas al gobernador por el Comité permanente, a la una y a las tres de la tarde, pero no fueron recibidas; las dos tenían encargo de pedir al gobernador entregara la fortaleza a una milicia burguesa, que la defendería en unión de los soldados y los suizos.

Felizmente todos esos proyectos fueron desvanecidos por el pueblo, que comprendió perfectamente que era preciso apoderarse de la Bastilla a toda costa. Dueño de los fusiles y de los cañones de los Inválidos, su entusiasmo iba en aumento. Las multitudes invadían

las inmediaciones de la Bastilla y pronto se generalizó el fuego entre los asaltantes y los soldados apostados en las murallas. Mientras que el Comité permanente trataba de contener el ardor del pueblo y se preparaba a proclamar en la plaza de la Greve que el Marqués de Launey había prometido no hacer fuego si no se le atacaba, las multitudes gritaban ¡Queremos la Bastilla! ¡Abajo los puentes! y se acercaban a la fortaleza. Se dice que cuando vio desde lo alto de las murallas el suburbio de Saint Antoine y las calles inmediatas, negras de gente marchando contra la Bastilla, el gobernador, que había subido con Thuriot, estuvo a punto de desmayarse, y hasta parece que se inclinó a entregar inmediatamente la fortaleza al Comité de la milicia, pero los suizos se opusieron. Los primeros puentes levadizos de la parte exterior de la Bastilla, llamada la Avanzada, se echaron pronto, gracias a uno de esos actos de audacia que se producen siempre en ocasiones análogas, Ocho o diez hombres, ayudados por un joven alto y robusto, el tendero Pannetier, se aprovecharon de una casa unida al muro exterior de la Avanzada para escalarle; entonces le recorrieron a horcajadas hasta un cuerpo de guardia situado cerca del puente levadizo de la Avanzada, y de allí saltaron al primer patio de la Bastilla propiamente dicha, el patio del Gobierno, en el que está situada la casa del gobernador. Este patio estaba desierto; los soldados habían entrado con el gobernador en la misma fortaleza después de la salida de Thuriot. Aquellos ocho o diez hombres, a hachazos, bajaron el puentecillo de la Avanzada rompiendo la puerta; después bajaron el gran puente, y más de 300 hombres se precipitaron en el patio del Gobierno, corriendo hacia los otros dos puentes levadizos, que servían para pasar el ancho foso de la fortaleza que, naturalmente, estaban levantados.

Aquí ocurrió el incidente que colmó el furor de la población parisiense y que costó la vida a De Launey. Cuando la multitud invadió el patio del Gobierno, los defensores de la Bastilla les hicieron fuego, y hasta hubo una tentativa de levantar el gran puente levadizo de la Avanzada, para impedir a la multitud evacuar el patio y hacerla prisionera o matarla. De modo que en el momento mismo en que Thuriot y Gorny anunciaban en la plaza de la Greve que el gobernador había prometido no hacer fuego, el patio del Gobierno era barrido por un fuego de mosquetería de los soldados situados en las murallas, y los cañones de la Bastilla ametrallaban las calles adyacentes. Después de las negociaciones verificadas por la mañana, aquel fuego repentinamente iniciado se interpretó como una traición de De Launey, a quien el pueblo acusó de haber ordenado él mismo la bajada de los dos primeros puentes levadizos de la Avanzada para atraer la multitud bajo el fuego de las murallas.

En aquel momento era la una de la tarde. La noticia de que los cañones de la Bastilla ametrallaban al pueblo se esparció por todo París, y produjo un doble efecto. El Comité permanente de la milicia parisiense se apresuró a enviar una nueva diputación al comandante, preguntándole si estaba dispuesto a recibir en aquella plaza un destacamento de la milicia, que conservara la Bastilla de acuerdo con las tropas; pero esa diputación no llegó hasta el comandante, puesto que un fuego nutrido de fusilería continuaba sin cesar entre los soldados y los asaltantes, y éstos, arrimados a las paredes y guareciéndose como podían, tiraban contra los soldados al servicio de los cañones. Además el pueblo comprendió que las diputaciones del Comité no hacían más que impedir el asalto: “No quieren ya una diputación, sino el sitio de la Bastilla; la destrucción, de esa horrible prisión; la muerte del gobernador es lo que piden a gritos”, fue la respuesta que llevaron los diputados.

Todavía envió el Comité una tercera diputación: Ethis de Corny, procurador del rey y de la ciudad, y varios ciudadanos, fueron encargados una vez más de atenuar el impulso del pueblo de detener el asalto y de parlamentar con De Launey para que admitiese en la fortaleza una milicia del Comité. La intención de impedir que el pueblo se hiciera dueño de la Bastilla era evidente.

En cuanto al pueblo, desde que se extendió por la ciudad la noticia de la matanza

verificada, obró, sin órdenes de nadie, guiado por su instinto revolucionario. Condujo al Hôtel de Ville los cañones de que se había apoderado en los Inválidos, y a las tres, cuando la diputación de Corny volvía a dar cuenta de su fracaso, encontró unos trescientos guardas franceses y una porción de burgueses armados, mandados por un ex soldado, Hulin, que marchaban a la Bastilla, seguidos por las cinco piezas de artillería. En aquel momento el fuego de fusilería duraba ya más de tres horas, sin que el pueblo se desanimase por el gran número de muertos y heridos, y continuaba el sitio, recurriendo a diferentes expedientes; así, por ejemplo, se llevaron dos carros de paja y estiércol y se les prendió fuego para hacer una cortina de humo que facilitara el asalto a las dos puertas de entrada (del puente levadizo pequeño y del grande). Las casas del patio del Gobierno habían sido ya incendiadas.

Los cañones llegaron en el momento oportuno; les colocaron en el patio del Gobierno frente a los puentes levadizos y a las puertas, a 30 metros de distancia. Compréndase el efecto que esos cañones en manos del populacho producirían sobre los sitiados. Era evidente que los puentes levadizos habían de caer pronto y que las puertas serían derribadas. La multitud, siempre amenazadora, afluía en masas cada vez mayores. Entonces comprendieron los defensores que resistir más sería entregarse a una matanza segura. De Launey se decidió a capitular. Los soldados, viendo que jamás vencerían a todo París que les sitiaba, aconsejaban ya la capitulación, y entre cuatro y cinco de la tarde el comandante hizo enarbolar bandera blanca y batir llamada, es decir, orden de cesar el fuego y de bajar de las torres.

La guarnición capitulaba y pedía el derecho de salir conservando sus armas. Es posible que Hulin y Elie, colocados frente al gran puente levadizo, lo hubieran aceptado en su nombre, pero el pueblo no quería oír hablar de capitulación. El grito de ¡Abajo los puentes! resonaba con furor. A las 5, el comandante hizo pasar por una tronera, cerca del pequeño puente levadizo, un billete concebido en estos términos: "Tenemos veinte mil libras de pólvora: haremos saltar la guarnición y el barrio si no aceptáis la capitulación". Es dudoso que tuviera intención de realizar aquella amenaza, que la guarnición no hubiera permitido; pero el hecho es que De Launey mismo dio la llave para abrir la puerta del puente levadizo... El pueblo invadió inmediatamente la fortaleza, desarmó a los suizos y los inválidos y se apoderó de De Launey, quien fue conducido al Hôtel de Ville. Durante el trayecto, la multitud, furiosa por su traición, le insultó de todas maneras; estuvo a punto de morir veinte veces, a pesar de los heroicos esfuerzos de Cholat y de otro que le protegían con sus cuerpos; pero a pocos centenares de pasos del Hôtel de Ville les fue arrancado de las manos y decapitado. De Hue, el comandante de los suizos, salvó su vida declarando que se entregaba a la Ciudad y a la Nación, y brindando por ellas; pero fueron muertos tres oficiales del estado mayor de la Bastilla y tres inválidos. En cuanto a Flesselles, el preboste de los mercaderes, que estaba en relaciones con Besenval y la Polignac, y que tenía, según resulta de un pasaje de una de sus cartas, muchos otros secretos que ocultar, muy comprometedores para la reina, iba a ser ejecutado por el pueblo, cuando un desconocido le mató de un pistoletazo. Acaso pensaría aquel desconocido que los muertos no hablan.

En cuanto bajaron los puentes de la Bastilla, la multitud, precipitándose en los patios, se dedicó a registrar la fortaleza para libertar a los presos encerrados en los calabozos. Enternecida y vertiendo compasivas lagrimas a la vista de aquellos fantasmas, que salían de su encierro deslumbrados a la vista de la luz y aturdidos por el ruido de tantas voces que les aclamaban, paseo en triunfo por las calles de París a aquellos mártires del despotismo real. La ciudad sintió alegría delirante al saber que la Bastilla estaba en poder del pueblo y redobló su ardor para conservar su conquista. El golpe de Estado de la corte había fracasado.

Así comenzó la Revolución. El pueblo alcanzaba su primera victoria. Necesitaba una victoria material de ese género. Era necesario que la Revolución sostuviera una lucha y

que de ella saliera triunfante; que el pueblo probara su fuerza para imponerse a sus enemigos, despertara las energías en Francia e impulsara en todas partes a la rebeldía y a la conquista de la libertad.

Consecuencias del 14 de julio en Versalles

Cuando ha comenzado una Revolución, cada acontecimiento no sólo resume la etapa recorrida, sino que contiene ya los principales elementos de la que ha de suceder; de modo que si los contemporáneos pudieran librarse de las impresiones momentáneas y separar lo esencial de lo accidental en todo lo que acontece, desde el día siguiente al 14 de julio hubieran podido prever la marcha que había de seguir la Revolución.

La corte, en la noche misma del día 13, no se daba cuenta todavía del alcance del movimiento de París.

Aquella noche se estaba de fiesta en Versalles: se danzaba en el Naranjal, se brindaba por la próxima victoria sobre la capital rebelde, y la reina, su amiga la Polignac y las otras bellas de la corte, los príncipes y las princesas prodigaban sus halagos a los soldados extranjeros en sus cuarteles, para excitarles al combate. En su terrible ligereza, en aquel mundo de ilusiones y de mentiras convencionales que constituye toda corte, no se pensaba en que era ya demasiado tarde para atacar a París, ni en que la oportunidad había pasado. Y Luis XVI no estaba mejor informado que la reina o los príncipes. Cuando la Asamblea, espantada por el levantamiento del pueblo, se dirigió al rey el 14 por la noche, suplicándole en un lenguaje servil que reuniera a los ministros e hiciera retirar las tropas, respondió con altanería, hablando como triunfador seguro de la victoria. Confiaba en el plan que se le había sugerido, consistente en poner jefes fieles a la cabeza de la milicia burguesa y con su ayuda dominar al pueblo, limitándose después a dar órdenes equivocadas respecto de la retirada de las tropas. Tal era aquel mundo ficticio, de visiones más que de realidades, en que vivían el rey y la corte, y en que continuaron viviendo, a pesar de los cortos instantes de triste despertar, hasta que llegó el momento de subir las gradas del cadalso.

¡Cómo se dibujaban ya los caracteres! El rey, hipnotizado por su poder absoluto, estaba dispuesto siempre a dar precisamente el paso que conducía a la catástrofe. Después, llegado el momento terrible, sólo oponía su inercia, nada más que su inercia, cediendo, por último, por forma, precisamente en el momento en que se le creía preparado para resistir con obstinación. O la reina, viciosa, mala hasta en los más finos repliegues de su corazón de soberana absoluta, impulsando hacia la catástrofe, resistiendo un momento a los acontecimientos con petulancia, resignándose después repentinamente y volviendo en seguida a sus tonterías de cortesana. ¿Y los príncipes? Instigadores de las más funestas resoluciones del rey, y abandonándole al primer fracaso, emigran, huyendo de Francia inmediatamente después de la toma de la Bastilla, y van a intrigar a Alemania o a Italia; ¡con qué rapidez se manifestaron en pocos días, del 8 al 15 de julio!

Y al lado opuesto se ve al pueblo, con su empuje, su entusiasmo y su generosidad, dispuesto a hacerse matar por el triunfo de la Libertad, pero al mismo tiempo pidiendo ser conducido, dejándose gobernar por los nuevos dueños instalados en el Hôtel de Ville. Comprendiendo bien las astucias de la corte, viendo mejor que los más perspicaces a través del complot que aumentaba desde fines de junio, se dejó envolver al mismo tiempo por un nuevo complot, el de las clases poseedoras, que pronto habían de obligar a que entraran en sus tugurios los hambrientos, los hombres de las picas, a quienes recurrieron por algunas horas, cuando se trataba de oponer la fuerza de la insurrección popular a la del ejército.

Por último, cuando se considera la conducta de la burguesía desde aquellos primeros días, se ven esbozarse los grandes dramas futuros de la Revolución. El 14, a medida que la monarquía perdía gradualmente su carácter amenazador, el pueblo inspiraba también gradualmente terror a los representantes del Tercero, reunidos en Versalles, y a pesar de las palabras vehementes de Mirabeau, lanzadas con motivo de la fiesta verificada dos

días antes en el Naranjal, bastó al rey presentarse en la Asamblea, reconocer la autoridad de los representantes y prometerles la inviolabilidad, para que éstos prorrumplieran en aplausos y en aclamaciones, para que corrieran a hacerle guardia de honor en la calle, para hacer que resonaran en Versalles los gritos de ¡Viva el Rey!

Tales sucesos, en el momento mismo en que se ametrallaba al pueblo de París en nombre de ese mismo rey, y en que en el mismo Versalles la multitud amenazaba a la reina y a la Polignac, sugieren la idea de que el rey estaba cometiendo una de sus bellaquerías habituales.

En París no se dejó engañar el pueblo por la promesa de retirar las tropas. No la creyó; prefirió organizarse en un extenso municipio insurrecto, y este municipio, a semejanza de los de la Edad Media, tomó todas, las medidas de defensa necesarias contra el rey: se cortaron las calles con zanjas o barricadas, y las patrullas recorrieron la ciudad, prontas a tocar a rebato ti la menor alarma.

La visita del rey no inspiró confianza al pueblo. El día 17, viéndose vencido y abandonado, Luis XVI se decidió a presentarse en París, en el Hôtel de Ville, para reconciliarse con su capital, y la burguesía trató de aprovechar aquella visita para convertirla en acto solemne de reconciliación entre ella y el rey. Los revolucionarios burgueses, de los cuales gran número pertenecían a la francmasonería, hicieron al rey, con sus espadas, el honor de la bóveda de acero a su llegada al Hôtel de Ville, y Baily, nombrado alcalde de París, le prendió al sombrero la escarapela tricolor. Los burgueses hasta llegaron a hablar de elevar una estatua a Luis XVI en la plaza de la Bastilla demolida; pero eso no impidió al pueblo guardar una actitud de reserva y de desconfianza que no desapareció ni aun con la visita al Hôtel de Ville. Podía ser rey de la burguesía, pero no rey del pueblo.

La corte, por su parte, comprendió muy bien que, después de la insurrección del 14 de julio, no se haría jamás la paz entre la monarquía y el pueblo. Se hizo ir a Suiza a la Polignac, a pesar de las lagrimas de María Antonieta, y al día siguiente comenzaron a emigrar los príncipes. Los que habían sido el alma del golpe de Estado fracasado, los príncipes y ministros, se apresuraron a salir de Francia. El conde de Artois se escapó de noche, y de tal modo temía por su vida, que después de haber atravesado la ciudad disimuladamente, se hizo acompañar durante el camino por un regimiento y dos cañones. El rey prometió a sus emigrados reunírseles a la primera ocasión, y desde entonces no se pensó más que en el plan de huida del rey al extranjero para que volviera a Francia a la cabeza de la invasión alemana. El 16 de julio todo estaba dispuesto para su partida: el rey iría a Metz a ponerse a la cabeza de las tropas para avanzar sobre París. Y estaban preparados los coches para llevar a Luis XVI hacia el ejército, concentrado entre la frontera y Versalles; pero de Broglie se negó a conducir al rey a Metz, y los príncipes estaban impacientes por huir. En tal situación, el rey, él mismo lo dijo después, viéndose abandonado de los príncipes y de los nobles, renunció al proyecto de resistencia armada que le sugería la historia de Carlos I, y fue a París a hacer su sumisión.

Algunos historiadores realistas han tratado de poner en duda que la corte hubiese preparado un golpe de Estado contra la Asamblea y contra París; pero abundan los documentos para probar la realidad de este complot. Mignet, cuyo espíritu moderado es bien conocido y que tenía la ventaja de escribir poco tiempo después de los acontecimientos, no abrigaba duda a este respecto, y las investigaciones posteriores han confirmado su opinión. El 13 de julio el rey debía renovar su declaración del 23 de junio, y la Asamblea había de ser disuelta. Cuarenta mil ejemplares de esta declaración estaban ya impresos para ser enviados a toda Francia. El comandante del ejército concentrado entre Versalles y París recibió poderes ilimitados para ametrallar y acuchillar al pueblo de París y para obrar severamente contra la Asamblea en caso de resistencia.

Cien millones de billetes del Estado se habían fabricado para subvenir a las necesidades de la corte, sin pedir un voto a la Asamblea. Todo estaba preparado, y cuando se supo el día 12 que París se sublevaba, la corte consideró esa sublevación como un motín que

favorecía sus planes. Poco después, cuando se supo que la insurrección aumentaba, el rey estuvo aún a punto de partir, abandonando a sus ministros el cuidado de dispersar la Asamblea por medio de las tropas extranjeras; pero los ministros, viendo aumentar la ola, no se atrevieron a ejecutar el plan. Después del 14 de julio, cuando supo la corte la toma de la Bastilla y la ejecución de De Launey, sintió un gran pánico; entonces los Polignac, los príncipes y muchos otros nobles que habían sido el alma del complot, temiendo ser denunciados, se apresuraron a emigrar.

Pero el pueblo velaba: comprendía vagamente lo que los emigrados iban a buscar al otro lado de la frontera, y los campesinos detenían a los fugitivos. Foulon y Bertier fueron de ese número.

Ya hemos hablado de la miseria existente en París y en sus inmediaciones, y de los logreros en cuyos crímenes no quería profundizar la Asamblea Nacional. Entre esos especuladores sobre la miseria de los pobres, sobresalía principalmente Foulon, que había hecho una inmensa fortuna, como hacendista, y en su cargo de intendente del ejército y de la marina; conocido era también su odio al pueblo y a la Revolución. De Broglie había pensado en él para ministro, cuando preparaba el golpe de Estado para el 16 de julio, y si el astuto ministro rehusó el cargo, cuyos peligros veía, no escaseó los consejos. Su opinión era que había que desembarazarse de un solo golpe de todos los que habían adquirido influencia en el campo revolucionario.

Después de la toma de la Bastilla, cuando supo que la cabeza de De Launey había sido paseada por las calles, Foulon comprendió que no le quedaba más remedio que seguir a los príncipes y emigrar; pero como eso no era ya fácil bajo la vigilancia de los distritos, aprovechó la muerte de uno de sus enviados para hacerse pasar por muerto y enterrado, mientras salía de París y se refugiaba en casa de un amigo en Fontainebleau. Allí fue descubierto y detenido por los campesinos, que se vengaron de sus largos sufrimientos y de su miseria. Cargado con un haz de hierba, aludiendo a la hierba que había prometido para que comiesen los parisienses, el despreciable usurero fue conducido a París por una multitud furiosa. En el Hôtel de Ville, Lafayette trató de salvarle; pero el pueblo, exasperado, lo ejecutó colgándole de un farol del alumbrado público. Su yerno Bertier, cómplice del mismo golpe de Estado e intendente del ejército de De Broglie, fue detenido en Compiègne, conducido también a París, donde iba a ser colgado de un farol, cuando trató de luchar para salvar su vida y en el acto fue muerto.

Otros cómplices, en camino hacia el extranjero, fueron también detenidos en el Norte y Nordeste y conducidos a París.

Imagínese el terror que esas ejecuciones populares y la vigilancia de los campos produjeron en el seno de los familiares de la corte. Su arrogancia y su resistencia a la Revolución fueron quebrantadas; y, completamente abatidos, ya no pensaban más que en hacerse olvidar.

Levantamientos populares

París, al hacer fracasar los planes de la corte, dio un golpe mortal a la autoridad real. Además, la aparición del pueblo andrajoso en las calles, como fuerza activa de la Revolución daba un nuevo carácter, una nueva tendencia igualitaria a todo el movimiento. Los ricos, los poderosos comprendieron perfectamente el sentido de lo que se había realizado en París durante aquellas jornadas, y la emigración, primero de los príncipes, después de los favoritos y por último de los monopolizadores, acentuaba la victoria. La corte buscaba el apoyo del extranjero contra la Francia revolucionaria.

No obstante, si la sublevación se hubiera limitado a la capital, la Revolución no hubiera podido jamás desarrollarse hasta el punto de llegar pronto a la anulación de los antiguos privilegios. La insurrección en el centro fue necesaria para herir al gobierno central, quebrantarle y desmoralizar a sus defensores. Mas para destruir la fuerza del gobierno en las provincias, para herir el antiguo régimen en sus atribuciones gubernamentales y en sus privilegios económicos, era preciso el amplio levantamiento del pueblo en las

ciudades, en las villas, en las aldeas, y eso precisamente sucedió en el curso de julio sobre vastas extensiones de Francia.

Todos los historiadores que, conscientemente o no, han seguido de cerca los Dos Amigos de la Libertad, han representado generalmente ese movimiento de las ciudades y de los campos como una consecuencia de la toma de la Bastilla. La noticia del suceso sublevó los campos: se quemaron los palacios y ese levantamiento de los campesinos sembró tal terror, que el 4 de agosto los nobles y el clero abdicaron sus derechos feudales.

Sin embargo, esta versión sólo es verdad a medias. En lo concerniente a las ciudades es cierto que gran número de sublevaciones urbanas tuvieron lugar bajo la influencia de la toma de la Bastilla. Algunas, como la de Troyes el 18 de julio, la de Estrasburgo el 19, la de Cherburgo el 21, la de Ruan el 24, la de Maubeuge el 27, siguieron de cerca a la sublevación de París, en tanto que las demás continuaron durante los tres o cuatro meses siguientes, hasta que la Asamblea Nacional votó la Ley municipal de 14 de diciembre de 1789, que legalizaba la constitución de un gobierno municipal de la burguesía, favorecido por una gran independencia respecto del gobierno central.

Pero respecto de los campesinos, es evidente que, con la lentitud de las comunicaciones en aquella época, los veinte días transcurridos entre el 14 de julio y el 4 de agosto son absolutamente insuficientes para explicar el efecto de la toma de la Bastilla en los campos y la influencia de la insurrección de los campesinos sobre las decisiones de la Asamblea Nacional. De hecho, concebir los acontecimientos de esa manera es empequeñecer el gran alcance del movimiento en los campos.

La abolición de los derechos feudales y la readquisición de las tierras comunales, usurpadas a los municipios rurales desde el siglo XVII por los señores laicos y eclesiásticos: tal es la esencia misma, el fondo de la Gran Revolución, que impulsó el levantamiento de los campesinos. A tal propósito se unió la lucha de la burguesía por sus derechos políticos. Sin eso, la Revolución no hubiera tenido jamás la profundidad que alcanzó en Francia. Ese gran levantamiento de los campos, que comenzó en enero de 1789 y aun, en 1788 y que duró cinco años, fue lo que permitió a la Revolución realizar el inmenso trabajo de demolición que le debemos. Eso es lo que la permitió plantar los primeros jalones de un régimen igualitario, desarrollar en Francia el espíritu republicano, que nada ha podido aniquilar después, y proclamar los grandes principios del comunismo agrario que veremos surgir en 1793. Ese levantamiento, en fin, es lo que constituye el carácter propio de la Revolución Francesa y lo que la distingue profundamente de la Revolución de 1648-1657 en Inglaterra.

Allí también, en el curso de esos nueve años, la burguesía abatió el poder absoluto de la monarquía y los privilegios políticos de la camarilla; pero a su lado, lo que constituye el rasgo distintivo de la Revolución Inglesa son las luchas por el derecho de cada individuo a profesar la religión que le agrada, a interpretar la Biblia según su concepción personal, a elegir sus propios pastores; en resumen, el derecho del individuo al desarrollo intelectual y religioso que le convenga. Es también el derecho de autonomía de cada parroquia y, por consecuencia de la aglomeración urbana. Pero los campesinos ingleses no se levantaron tan generalmente como se hizo en Francia, para abolir los tributos feudales y los diezmos, o para recuperar las tierras comunales; y si las bandas de Cromwell demolieron cierto número de palacios que representaban verdaderas fortalezas del feudalismo, no atacaron, por desgracia, las pretensiones feudales de los señores sobre la tierra ni siquiera el derecho de justicia feudal que los señores ejercían sobre sus vasallos. A eso se debe que la Revolución Inglesa, aunque conquistó derechos preciosos para el individuo, no destruyó el poder feudal del señor; no hizo más que modificarle, conservándole sus derechos sobre las tierras, derechos que persisten hasta nuestros días.

La Revolución Inglesa constituyó sin duda el poder político de la burguesía; pero ese poder se obtuvo compartiéndolo con la aristocracia territorial. y si la Revolución dio a la burguesía inglesa una era de prosperidad para su comercio y su industria, fue mediante la

condición de que la burguesía, que de ella se aprovechaba, no atacaría los privilegios territoriales de los nobles; y tanto fue así que, por el contrario, ayudó a su aumento, a lo menos en valor; ayudó a los señores a apoderarse legalmente de las tierras comunales por medio del amojonamiento (los Enclosure Acts), lo que redujo la población agrícola a la miseria, poniéndola a merced del señor y forzando a una gran parte a emigrar hacia las ciudades, donde los proletarios fueron dominados por los burgueses industriales. La burguesía inglesa ayudó así a la nobleza a hacer de sus inmensos territorios, no sólo un manantial de rentas, frecuentemente fabulosas, sino también un medio de dominación política y jurídica local, restableciendo bajo nuevas formas el derecho de justicia de los señores. La ayudó, en fin, a decuplicar sus rentas, dejándola (por efecto de una legislación dificultosa sobre la venta de las tierras) el monopolio de la tierra, cuya necesidad se hacía sentir cada vez más en el seno de una población cuya industria y comercio iban siempre en aumento.

Se sabe hoy que la burguesía francesa, sobre todo la alta burguesía industrial y comercial, quería imitar a la burguesía inglesa en su resolución: también hubiera pactado con la monarquía y la nobleza para llegar al poder; pero no lo consiguió, porque la base de la Revolución Francesa era felizmente mucho más amplia que en Inglaterra. En Francia, el movimiento no tuvo solamente por objeto conquistar la libertad religiosa o la libertad comercial e industrial para el individuo, o para constituir la autonomía municipal en manos de algunos burgueses. Fue sobre todo un levantamiento de los campesinos: un movimiento del pueblo para entrar en posesión de la tierra y librarla de las obligaciones feudales que pesaban sobre ella: y aunque había en esto un poderoso elemento individualista -el deseo de poseer la tierra individualmente-, había también el elemento comunista: el derecho de toda la nación a la tierra, derecho que veremos proclamar altamente por los pobres en 1793.

He ahí por qué sería reducir de una manera extraña el alcance del levantamiento agrario del verano de 1793 si se le representa como un episodio de corta duración, provocado por el entusiasmo de la toma de la Bastilla.

Etiquetas: [Anarquismo](#), [Antiguo Régimen](#)

[La Revolución Francesa, de Piotr Kropotkin](#)

[La pedagogía de Francisco Ferrer, de José Antich](#)

[Una excursión a Molina de Aragón](#)

[Lerroux y la Semana Trágica de Barcelona](#)

Categorías

[Anarquismo](#) [Antiguo Régimen](#) [Carlismo](#) [Catolicismo social](#) [CNT](#) [Guadalajara](#) [Izquierda Radical](#) [Marxismo](#) [PCE](#) [Primera Internacional](#) [PSOE](#) [Rebeldes primitivos](#) [Republicanism](#) [Revolución Industrial](#) [Socorros Mutuos](#) [UGT](#) [Varios](#)

Enlaces

[Acracia](#) [Archivo Miguel Bakunin](#) [Archivo Nestor Makhno](#) [Centre d'Estudis Llibertaris Federica Montseny](#) [Documentos de Guadalajara](#) [Enciclopedia En Wada](#) [Fundación Anselmo Lorenzo](#)

[Entrada más reciente](#) [Página principal](#) [Entrada antigua](#)

**Que aquella causa parezca perdida, / nada importa; / que tantos otros
pretendiendo fe en ella / sólo atendieran a ellos mismos / importa menos.
Uno, tan solo uno basta / como testigo irrefutable / de toda la nobleza humana.
Luis Cernuda**